

A esta hora afuera ya está saturado de autos, que se arrastran como un cortejo fúnebre, soñolientos, con luces mortecinas.

Frente a una primaria se amontonan cantidades industriales de adolescentes. Bajan apurados de autos hechos nudo, atascados, furiosos, que se mueven como carritos chocones de feria.

Aquí empieza la subida. En esta ciudad, como dijo Malcolm Lowry, por doquier que se mire está

*aguardando el abismo a la
vuelta de la esquina.*

Para quienes andamos en bici eso significa que, *por doquier que se mire*, siempre habrá alguna pendiente diabólica por remontar.

Esquivo carros y peatones y sigo por una calle paralela a la barranca del Salto, flanqueada por ahuehuetes y eucaliptos gigantes.

El camino, aún sombrío y gélido, se ilumina con el parpadeo de la luz delantera.

Voy oteando a los transeúntes apilados en banquetas mal construidas, que se lanzan al arroyo cada tanto buscando alcanzar el otro extremo de la calle sin morir en el intento.

Pero hay otros que no lo consiguen. De vez en cuando, cerca de algún puente, se me atraviesa el cadáver destripado de un cacomixtle o un tlacuache. Y pienso: “No se *extinguen*, los matamos”: triste destino de la fauna urbana, en un mundo de máquinas asesinas *con mucha prisa*.

las crónicas de la bici

bitácora de cicloviajes

J. G. Ochoa F.



© Josué Gerardo Ochoa Fragoso
© Primera edición, Cygnus, 2025

Título original: *Las crónicas de la bici*
Edición, corrección, diseño, formación y encuadernación
por el autor

Salvo indicación distinta, las ilustraciones utilizadas
en esta edición son de dominio público.

Esta obra está protegida por una [Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional](#).

Esta licencia permite a los reutilizadores distribuir, remezclar, adaptar y desarrollar el material en cualquier medio o formato, exclusivamente con fines no comerciales, y siempre que se atribuya la autoría al creador. Si remezcla, adapta o desarrolla el material, debe licenciar el material modificado bajo términos idénticos. La versión extensa de esta licencia puede consultarse en: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Comentarios sobre esta edición y el contenido de esta obra:
info@ursaminor.mx
<http://contracorrientes.ursaminor.mx/>

Impreso en Cuernavaca, Morelos, México, 2025.

Agradecimientos

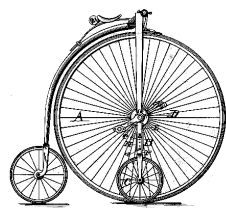
A *Moni McCumber*, por sus orientaciones para mejorar gráfica y visualmente esta edición.

A *Minerva Juárez*, por las correcciones y sugerencias.

A *Allison Cruz*, por la lectura de los textos.

En general, a todas las personas con las que he compartido a lo largo de diez años de andanzas en bici y a quienes me dieron algún tipo de ayuda en el camino en alguno de estos y otros cicloviajes.

A tod@s ustedes: ¡gracias.. totales!

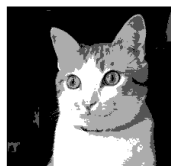


En el año post-apocalíptico de 2025, cuando la entidad sionista genocida había martirizado a más de 60,000 palestin@s ante la mirada cómplice y socarrona del autoproclamado "mundo civilizado", *Las crónicas de la bici: bitácora de cicloviajes* se terminó de editar en la casa del autor, con un tiraje de 50 ejemplares sin sobrantes de ningún tipo, impreso en papel bond de 75 gr, en fotocopias, a partir de una matriz en impresión láser, cosido y encuadernado manualmente con hilo cáñamo Cuervo, color negro, No. 00. En la composición se utilizaron tipos digitales Courier New de muchos tamaños.

En el día de la fiesta de Nuestra Señora de Tlaltenango, a los ocho días del mes de septiembre, en la ciudad de Cuernavaca, Morelos, México.



A cargo del cuidado de la edición estuvo el Supremo Consejo Científico de Cygnus:



Tom



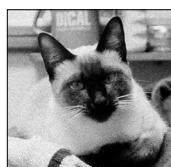
Kitty



Carpanta



Adela Micha



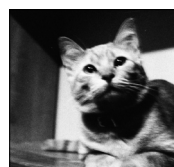
Chilaquil †



Gocxilla †



Asrael †



Conejo †

las crónicas de la bici

bitácora de cicloviajes

J. G. Ochoa F.





Me cuesta trabajo llamarle libro a este puñado de hojas empalmadas. Quizá por eso he decidido hacer esta edición artesanal, en fotocopias, lejos de cualquier pretensión de Gran Obra Literaria o cosa semejante; al contrario, sólo para dar constancia y testimonio –subjetivo, limitado, contingente y breve, como la vida– de la profunda verdad y belleza del mundo que se revela a quien viaja en una bicicleta.

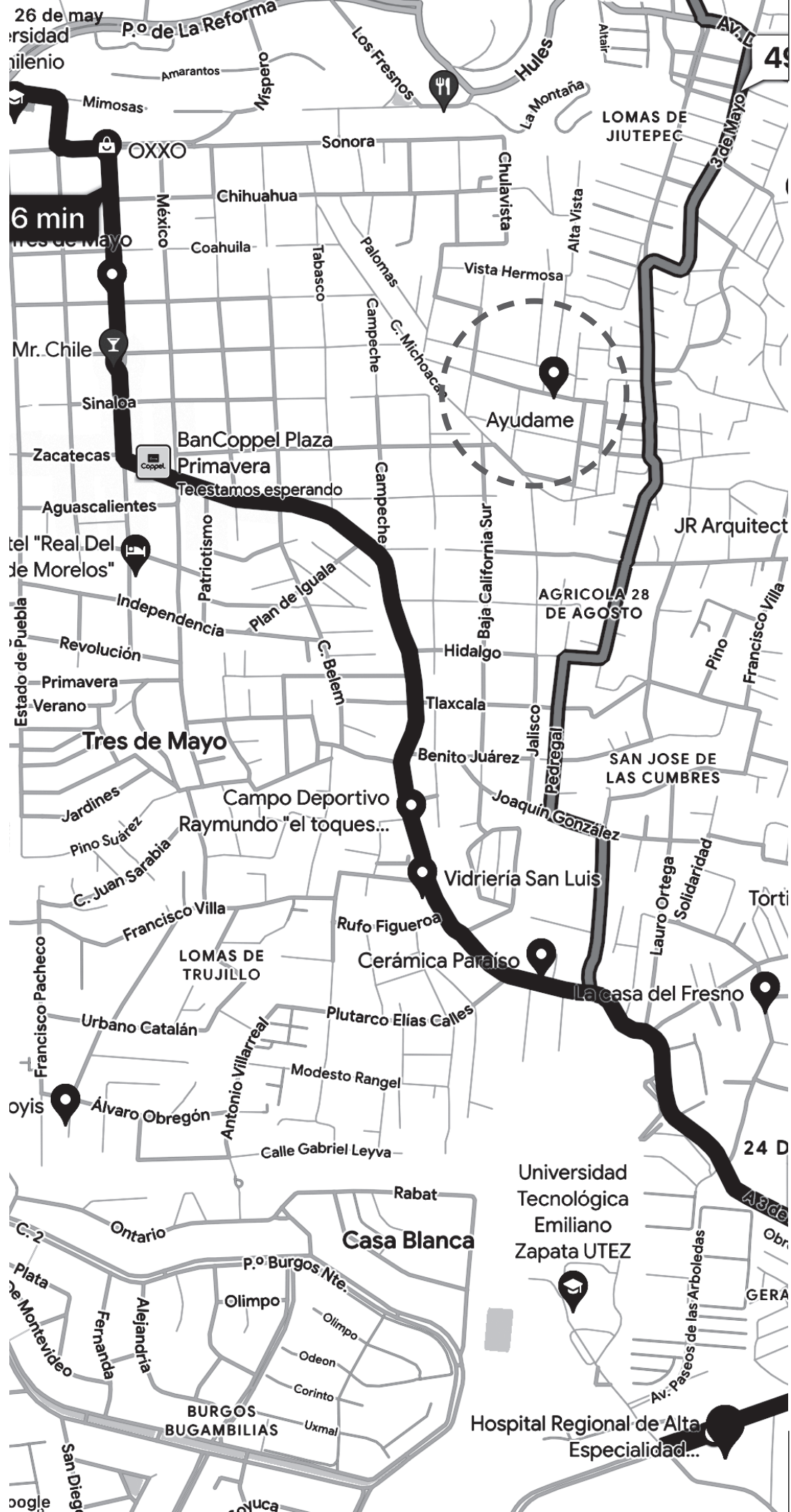
Hacer esta edición, digo, de un puñado de textos verborreicos sobre lo visto y lo vivido en algunos de los pocos y cortos cicloviajes que hice en años recientes, la mayoría de los cuales narra lo acontecido en el lapso de un día de pedaleo: de Mezcala a Tierra Colorada, de San Juan de los Ríos a Tecamatlán y de este último a Guadalupe Santa Ana en 2021; de Tepexi de Rodríguez a Zapotitlán Salinas, pasando por San Juan Raya, en 2020, y por la Sierra de Huautla, al sur de Morelos, en 2018. Uno de ellos se detiene a contemplar el discurrir de algunos ríos con los que me he topado en estos viajes, otro más registra lo que veo yendo al trabajo en bici una mañana cualquiera, y un pequeño ensayo indaga sobre las motivaciones del cicloviaje. El último –o el primero– intentas er un cuento sobre la noche que pasé en la entrada a San Juan Tonaltepec, en la región de las Cañadas, al cruzar la sierra en dirección a Oaxaca de Juárez.

Excepto uno, tuvieron estos textos una primera vida, en distintos momentos, en el *blog* llamado *contracorrientes* (<http://contracorrientes.ursaminor.mx/>) y en otros sitios: les vi trazas de reencarnar con éxito, en conjunto, en una segunda vida como impresos. Las imágenes que ilustran esta edición, todas de dominio público siempre que no sean de autoría propia, las tomé de aquí y de allá para apuntalar los relatos, más con pretensiones lúdicas y menos con aspiraciones estéticas.

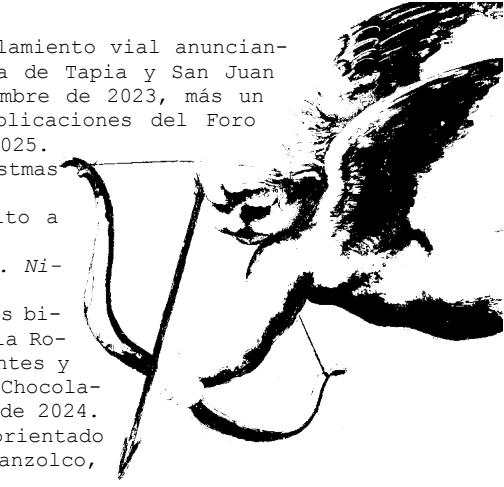
Hay en estas bitácoras del cicloviaje policías estatales y municipales, perros que salen a corretear al que pasa rodando, políticos en mítines y en anuncios espectaculares, iguanas, lo que uno ve al atravesar la ciudad en bici camino al trabajo, bodas el 28 de diciembre, pulque y atole, tortillas gigantes hechas a mano, caldo de langostino, la presidenta municipal, la ronda del pueblo con sombrero y paliacate como en el *far west*, misteriosas nubes y cometas, nagueales, cañadas y cordilleras, ascensos infernales y descensos celestiales, mucho sudor, cansancio e insolación, dos mil metros de desnivel positivo y cuarenta kilómetros de pura subida –o bajada, de allá para acá–, ríos por los que discurre una corriente eterna y otros que han muerto sospechosamente, *ferocactus* y *echinocactus*, llantas ponchadas irreparables, filósofos existenciales, desfiles navideños, y balazos...

Como si fueran los nueve círculos del Infierno dantesco, estos relatos, recorriéndose en sentido inverso a las manecillas del reloj –esto es, a contracorriente–, le llevan a uno fatalmente a buen puerto: el Paraíso.

J. G. Ochoa F.
Cuernavaca, Morelos; 25/07/25



- p. 39: Foto mía, fragmento, señalamiento vial anunciando descenso, entre Chiautla de Tapia y San Juan de los Ríos, Puebla, diciembre de 2023, más un fueguito tomado de las publicaciones del Foro Nacional de la Bicicleta, 2025.
- p. 40: Eyvind Earle, *Cactus*, Christmas card.
- p. 41: Eclipse, not found, crédito a quien corresponda.
- p. 42: Image from page 461 of *St. Nicholas [serial]* (1873).
- pp. 43-44: Foto mía, fragmento, las bicis de Andrea Escorcía, Lucía Rosales, dos de Roberto Cervantes y la mía, Centro Cultural Los Chocolates, Cuernavaca, noviembre de 2024.
- p. 45: Foto mía, un tlacuache desorientado junto a la pirámide de Teopanzolco, Cuernavaca, 2015.
- p. 46: Ilustración mía, sin título, ¿2021?
- p. 47: Robert Sayer, *The Florist*, 1760.
- p. 48: Foto mía, una yucca del Altiplano potoniso, 2018.
- p. 49: Foto mía de un maguey, Cuernavaca, 2022.
- p. 50: *Spécies général et iconographie des coquilles vivantes*, Paris: chez Rousseau: [1834-1880], tomado de Biodiversity Library.
- p. 51: 1 Tochtlí, glifo en la alfarda del Teocalli de la Guerra Sagrada, Posclásico Tardío.
- p. 52: Itzamná, tomado del *Códice Dresden*.
- p. 53: El Gato de Cheshire o Gato Risón de Alicia en el país de las maravillas, tomado de Gallica, la Bibliothèque numérique de la BnF et de ses partenaires.
- p. 54: Foto mía, Chiltepec, Puebla, 23 de diciembre de 2021.
- p. 55: *Nouveau voyage...*, op. cit..
- p. 56: *El libro vaquero: Adulterio*, núm. 576, 1989, p. 79.
- p. 57: Thomas Williamson, *The Sword of the Spirit to Smite in Pieces That Antichristian Goliah, Who Daily Defieth the Lords People the Host of Israel*, 1613.
- p. 58: Karl Hugo Frech (1883-1945), *Frohe Weihnachten*, Bratislava Pressburg, Simonyi Jvan rad 6. Weihnachtsmann mit Sack und Baum vor Stadtsilhouette, Ca., 1925.
- p. 59: *The origin and evolution of life, on the theory of action, reaction and interaction of energy*, 1917, p. 268.
- p. 60: Collage: album booklet from Franz Ferdinand, *You could have it so much better*, 2005.
- p. 61: John Edwards Holbrook, 1794-1871. *North American herpetology*. Philadelphia: J. Dobson, 1842. QL651 H72 vol. 2.
- p. 62: Collage: Gladys Parker, Flapper Fanny Says: Summer weather brings the spring board into popularity. *Manchester Evening Herald*, Vol. LIV, No. 221, Tuesday, June 18, 1935, y *Record Paris-Brest...*, cit..
- p. 63: "Y viniendo el pájaro Xecotcovach, les sacó los ojos...", lam. XXVI C. T., *Popol Vuh. Antiguas historias de los indios quichés de Guatemala*, ilustradas con dibujos de los códices mayas, Porrúa, núm. 36, 1979, p. 13.
- p. 64: *Sermon que predicó el Bachiller Joseph Dias Chamorro, Clerigo Presbitero Domiciliario de este Obispado de la Puebla de los Angeles, en la Solemne Fiesta de la Purissima Concepcion de la Santissima Virgen Maria Nuestra Señora...*, tomada de Biblioteca Lafragua.
- p. 65: Foto mía, el Mirador de Dominguillo, camino a San Juan Tonaltepec, Oaxaca, julio de 2022.
- p. 66: Gaspar Schott (1608-1666), *Physica curiosa, sive, Mirabilia naturæ et artis*, 1662, tomada de Biodiversity Library.
- p. 67: *The history of witches and wizards: giving a true account of all their tryals in England, Scotland, Swedeland, France, and New England; with their confession and condemnation / Collected from Bishop Hall, Bishop Morton, Sir Matthew Hale, etc.* by W. P., 1720.
- p. 68: Dionisio Pulido, foto de Walter Reuter, 1946.
- p. 69: Foto mía, tomada afuera del comedor El Paraíso, San Juan Tonaltepec, Oaxaca, julio de 2022.
- p. 71: Raphael, *The Triumph of Galatea*, detail, tomado de Meisterdrucke: Kunst Drucke, Gemälde & Reproduktionen.
- p. 72: R. Tragardh, *Velocipede*, patented on 9/12/1882. Series: Utility Patent Drawings, 1837-1911. Record Group 241: Records of the Patent and Trademark Office, 1836-1978





Imágenes tomadas de...

Forros: ilustración mía, sin título, 2021.

p. 2: Foto mía, fragmento, cerca de Mariscala de Juárez, Oaxaca, 24 de diciembre de 2021.

p. 3: *Discours académique sur la comparaison entre Virgile et Homère, récit, le XIX aoust 1667, dans l'assemblée qui se fait chez Mgr le Premier Président*. Auteur: René Rapin (1621-1687). Éditeur: T. Jolly (Paris). Date d'édition: 1668.

p. 4: La Tres de Mayo, Jiutepec, captura de pantalla de Google Maps.

p. 5: A Dragonfly (early 18th-mid 18th century), de Nicolaas Struyk.

p. 6: Conejo, foto tomada de la exposición permanente en la Sala Miguel Ángel Herrera del Universum, crédito a quien corresponda.

p. 7: Minibici: St. Nicholas [serial] (1873).

pp. 7-8: Carretera: Terra Byte.

p. 9: Foto mía, fragmento, km 34, entre Zaragoza de la Luz y San Miguel de Lozano, Puebla, diciembre de 2021.

p. 10: *D'Amboinsche Rariteitkamer*. T'Amsterdam: Gedrukt by François Halma, 1705, tomado de Biodiversity Library.

p. 10: *Report, State Entomologist of Minnesota to the Governor*, Minnesota & University of Minnesota, Agricultural Experiment Station, 1918, Vol. 17, p. 174, tomado de Biodiversity Library.

p. 11: Temple of Apollo. *Speculum humane salvationis*, France 1470-1480, Marseille, Bibliothèque municipale, ms. 89, fol. 6v. Tomada de Discarding images.

p. 12: Foto mía, fragmento, Glorieta de las Avispas, Chilpancingo, Guerrero, enero de 2021.

pp. 13-14: Foto de Rose Sanz y Cyrille Pinardon, tomada del grupo de la Red de Apoyo Cicloviajero México (RACmx).

p. 15: Foto mía, ¿monumento a la bici?, ¿al auto?, ¿a los dos?, en la salida de Tierra Colorada hacia Acapulco, Guerrero.

p. 16: Wild Boars, *Chatterbox book of wild animals*, 1909, tomado de I Like Vintage Books.

p. 17: Foto mía, fragmento, afuera de la primaria en Valle de Vázquez, Morelos, marzo de 2018.

p. 18: La rueda con ojos, ni idea de dónde salió, crédito a quien corresponda.

p. 19: Richard Bradley, *Historia Plantarum Succulentarum*, Decade II, Plate 14, 1717.

p. 20: Frank Patterson, *The Patterson Book*, 1948.

p. 21: *Códice Durán*, lámina 24, tomado de Gutierre Tibon, *Historia de los nombres y de la fundación de México*, FCE, 2005, p. 391.

p. 23: *The Temptations of Saint Anthony* by Sano di Pietro (formerly Master of the Osservanza), about 1440, tomado de Medieval Art.

p. 24: Em busca de assumpto, *A revista no Brasil/Binóculo*, No. 4-27/08/1881.

p. 25: Foto mía, fragmento, La Providencia, Puebla, diciembre de 2021.

p. 26: *Madonna del Ghisallo*, Cycology.

p. 27: Foto mía, fragmento, entre San Marcos Arteaga y Santo Domingo Tonalá, Oaxaca, 25 de diciembre de 2021.

p. 28: *Après le Bain*, Lithographie par Darlinghe d'après Gosthiaux, 1869.

p. 29: Andreas Friedrich, *Emblemata nova*, 1617.

p. 30: *Collage*: Paul Kroesen (1901-1935), *Miss Witch - Model 1926*, The Vancouver Sun, British Columbia, October 31, 1926; *Record Paris-Brest sur Cycles Jo Routens*, 1961, y *L'ornement Polychrome* (1888) by Albert Racinet (1825-1893).

p. 31: Monastery of the Holy Archangel Michael - Cañones, New Mexico, tomado de Orthodox Adventure.

p. 32: *Nouveau voyage aux isles de l'Amérique*. A Paris, au Palais: chez Theodore le Gras, 1742, tomado de Biodiversity Library.

p. 33: Albert I, Jules de Guerne & Jules Richard, *Résultats des campagnes scientifiques accomplies sur son yacht par Albert Ier, prince souverain de Monaco...*, Impr. de Monaco, 1889, tomado de Biodiversity Heritage Library.

p. 34: Ex libris alemán, fragmento, s. XX, tomado de Ernesto de la Torre, *Ex libris y marcas de fuego*, UNAM, 1994.

p. 35: Foto mía, Ayudantía Municipal de Huautla, Morelos, 2019.

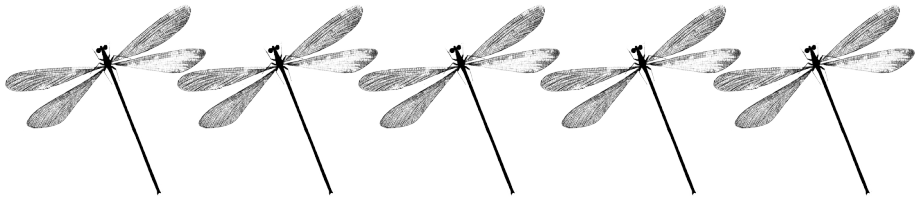
p. 36: *Collage*: *Tira de la peregrinación (Códice Boturini)* y una bici de cicloviaje en la canoa, tomado de Gutierre Tibon, *Historia de los nombres y de la fundación de México*, 2005, FCE, p. 382.

pp. 37-38: Arriba, Clover (also called *Trinitas*) on the lower right and Wood Sorrel (also called *Alleluia*) on the upper left in BL MS. Egerton 747, c. 1280-1310; abajo, Ex libris alemán, grabado en cobre, s. XX, fragmento, tomado de Ernesto de la Torre, *Ex libris*, op. cit..

[9. Por los caminos del sur, 3: de Mezcala a Tierra Colorada]

Entra en un árbol.
Esparce tu cuerpo por el mundo.
Sumérgete en el alma de tu propio nombre.
Siente las sensaciones entre los ojos.
Con la mente, eleva el cuerpo hasta el espacio.
Traga luz.
Eres el viento.
Vive en un espacio sin límites.
Entre cada temblor, observa la luz inmóvil.
En el bosque, hay un árbol que es tuyo, encuéntralo.
En verdad, todo el mundo es el universo.

A años luz (Alain Tanner, 1981)



I

Mezcala, Guerrero.

Ayer que me encontraba en el puente sobre el Balsas, cuando llegué aquí, apenas atiné a tomarle un par de fotos al río. Preocupado por saber dónde pasaría la noche, dejé ir la oportunidad de registrar con calma y de la mejor manera mi arribo a esta segunda parada del viaje. Así que ahora, apenas dejo el hotel Carito, vuelvo al puente y hago varias capturas de la bici.

No tardo mucho en salir del cuarto. Descansé bien, a pesar de que no conseguí nunca regular la máquina escandalosa del aire acondicionado que enfriaba la habitación más de la cuenta: apaga el aire, prende el aire; apaga el aire, prende el aire...

Pido desayuno completo en el restaurante, donde dos policías estatales ya están en la sobremesa, escarbándose los dientes con palillos de madera. Al pasar junto a ellos los saludo ceremoniosamente, porque, como decía mi abuelo:

Es difícil tener amigos, pero es más difícil no tenerlos.

No estoy tan convencido de la verdad de esta sentencia, pero creo que en este caso se aplica muy bien. El día anterior, justo afuera del hotel, había un retén de la Guardia Nacional y militares —o eso parecían— vigilando lo mismo a quienes seguían de largo sobre la federal que a los que entraban y salían del pueblo.

Mientras tanto, los agentes del orden, silenciosos y a la distancia, me observan cargar el equipaje en la bici: una bolsa de cuadro y una *Sanbernardo*®, la más viejita, en el manubrio; el *sleeping*, la tienda de campaña y otra *Sanbernardo*® bajo el sillín y sobre el portabultos, además de las chanclas, una bolsa extra con trastes, el sombrero calentano y una sudadera, todo bien agarrado con tensores.

Al otro lado de la carretera hay un mesón, y frente a él, la parada de autobuses, donde una pareja joven, con una pequeña en brazos, esperan pacientes el servicio. Ya pasa de las 8 am y aún es buena hora para agarrar camino. Llevo 179 kilómetros y me esperan unos cien para hoy.



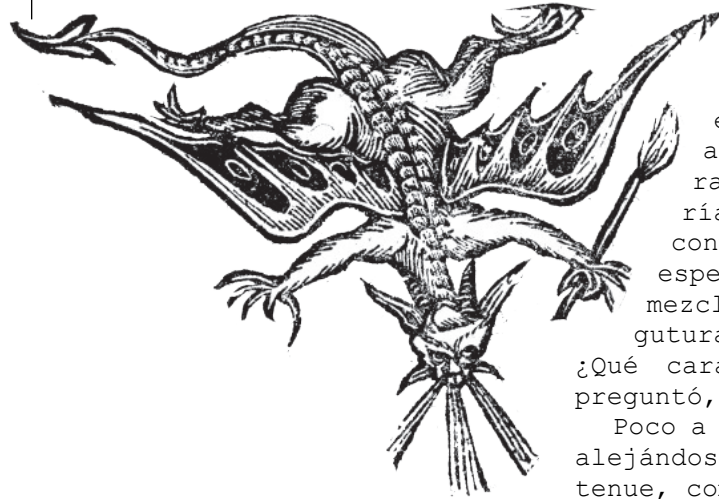
II

Pedaleo. La primera etapa abarca unos treinta kilómetros. Pretendo hacer un primer descanso en un lugar llamado Venta Vieja, o más adelante, en un sitio que aparece en el mapa con el nombre de Milpillas.

La mañana es fresca, pero pronto el calor vuelve por sus reales. Mientras avanzo voy pensando en eso y en la tranquilidad del camino. A la izquierda está el cerro; a la derecha discurre el cauce seco de un río. No sabría decir si está seco porque no es temporada de lluvias, porque ha muerto de muerte natural —sí es que tal cosa existe— o porque alguien se lo ha estado agandallando. Pero si pensamos que, en la región, y en general en todo el estado, abunda la minería, no sería improbable que fuera esto último. Acabo de leer por ahí: *No es sequía, es saqueo*.

Todo alrededor parece tranquilo y solitario. Pienso que pude haber acampado en esta zona sin ser molestado, pero apenas avanzo un poco veo a la distancia gente deambulando por el sitio. Más adelante aparece una ladrillera y, un poco más lejos, a la izquierda, un pequeño poblado con un nombre digno de las historietas del monero Jis:[1]

PLAN DE LIEBRES



bebido demasiado, andaba deambulando por ahí, en la carretera o afuera del restaurante, pero su teoría no acababa de convencerlo. Era una especie de gemido, mezclado con sonidos guturales y lloriqueos.

¿Qué carajos es eso?, se preguntó, atónito.

Poco a poco el sonido fue alejándose, haciéndose más tenue, como si se arrastrara lentamente carretera arriba, en dirección al pueblo, hasta que desapareció por completo.

Cuando por fin se disponía a dormir, escuchó un estruendo ensordecedor:

¡PUUUUMM!

Un balazo tan fuerte que le pareció que lo habían tirado sobre su cabeza.

Se incorporó de golpe y buscó a tientas una lámpara. Estaba a punto de encenderla, pero se detuvo: quienquiera que hubiera disparado podría ver la luz y venir hacia la tienda. Discretamente, prendió el celular para ver la hora: las tres de la mañana.

Permaneció inmóvil, petrificado, en estado de alerta. Luego escuchó unos gritos y chiflidos en dirección al monte y, ya un poco más lejos, vino un segundo disparo:

¡PUUUUMM!

¿Qué demonios!, exclamó en voz baja. Buscó la bolsa de manubrio y sacó la navaja que cargaba ahí. Agradeció nuevamente que la jefa del restaurante lo hubiera ocultado detrás del muro de leña: “De haberme quedado al borde de la carretera sería hombre muerto”, pensó.

Permaneció despierto un buen rato hasta que ya no se escuchó nada y una vez más el sueño lo venció.

Despertó con la primera luz del día. El restaurante ya estaba abierto. El humo del fogón salía por la chimenea y el olor a comida se mezclaba con el ambiente fresco y húmedo del bosque.

Empacó todas las cosas en la bici y se acercó al restaurante por algo de desayunar.

Un señor de unos setenta años, que andaba rondando por ahí, bien enchamarrado para aguantar el frío, lo vio y se acercó saludando:

—¿Qué tal pasó la noche? —le preguntó.

—Bien, muchas gracias.

—¿De dónde viene?

—Del estado de Morelos, de Cuernavaca.

—Ahhh eso queda lejos, ¿verdad? —añadió.

—Sí, un poco, ya llevo varios días pedaleando, voy para Oaxaca.

—Y ¿usted cómo se llama? —preguntó el señor.

—Gerardo —le respondió.

—¡Ahhhh Gerardo Reyes!, jajajaja... Oiga, ¿y anoche no escuchó nada raro? —de golpe cambió de tema.

—Sí... —se acercó un poco y bajó la voz—, se escucharon unos disparos allá, en la parte de atrás —señaló con el brazo.

El señor asintió con la cabeza.

—Sí, es que bajó un coyote del monte y agarró un perro. Ya se lo estaba llevando y salimos con la escopeta a soltarle unos tiros, así al aire nomás pa’ espantarlo... Bueno, yo digo que era un coyote, pero psss... a lo mejor era otra cosa, ¿verdad?, jajajaja...

No entendió qué quiso decir. Iba a preguntarle a qué se refería, pero el señor cambió de tema otra vez:

—Ese camión —dijo apuntando con la barbilla hacia un camión de redilas que estaba estacionado frente al restaurante, con la frase Salmo 23 en un costado— se puso ahí en la madrugada y ya no supimos si ahí están o nomás lo dejaron.

—¡No, cómo cree que lo van a dejar! —le respondió.

—Pues ya le estuve toque y toque la ventana desde temprano y no sale nadie... —el señor iba a continuar la plática pero alguien lo llamó, se levantó y se fue.

Aprovechó para ir al baño, se acercó a la cocina a agradecerle a la señora por el lugar para pasar la noche y subió a la bici.

Iba a empezar a pedalear cuando se abrió la puerta del copiloto del camión. Bajó el chofer, despeinado y soñoliento, detrás de él una mujer joven envuelta en un suéter que le quedaba grande, y entraron al restaurante.

Sobre la puerta había un letrero con el nombre del lugar. Se llama El Paraíso.

* Una versión abreviada de este texto se publicó en *Punto en Línea*, núm. 111, junio-julio 2024, dentro del dossier Pedaléalee, letras en bicicleta: <https://puntoenlinea.unam.mx/?view=article&id=1994>

[publicado el 20 de junio de 2024]



Difícilmente llegaría hasta la cima en un día, así que dividió el trayecto en dos etapas: la primera hasta el restaurante, unos quince kilómetros, y al día siguiente el tramo restante.

Salió alrededor de las nueve. A las once estaba en Dominguillo y comenzó a subir pasando el medio día, luego de detenerse un rato a reparar una llanta ponchada. Un par de horas después estaba en el Mirador. Podía aventurarse a descansar ahí, pero cambió de idea cuando vio que la pequeña caseta de adobe, a un costado de la explanada, estaba repleta de basura y botellas de cerveza vacías. En la cornisa había grafitis y pintas por todos lados, con una leyenda sobresaliente:

CÁRCEL A SALINAS CÁRCEL A FOX

Lo más probable era que por las noches se detuviera gente en el lugar, así que buscaría algo más seguro.

Abajo se veía Dominguillo, un tramo del valle en primer plano, y del lado derecho la sierra elevándose hacia Santa María Pápalo. Más allá, donde la vista ya no abarcaba la inmensidad de la cadena montañosa, quedaba Huautla de Jiménez.

Poco antes de las cuatro estaba afuera del restaurante. Comió y preguntó si podía pasar la noche en la entrada. La jefa del lugar le dijo que sí, pero le recomendó instalarse en el patio a un costado, atrás del muro de leña. En realidad le dio la orden. Pensó que se lo decía por seguridad, para no quedar expuesto a la orilla del camino, y agradeció el buen gesto.

Oscurecía temprano. Aprovechó la última hora de luz del día para montar la tienda y cayó la noche. Desde dentro de la carpa alcanzaba a ver encendida una luz en el restaurante. Estuvo todavía un rato acomodando cosas y recapitulando el día, hasta que se quedó dormido.

Algo lo despertó de golpe en la madrugada. El aire frío que escurría como la neblina desde la parte más alta de la cordillera envolvía la tienda por un costado. El restaurante ya había cerrado y la penumbra y el silencio eran absolutos. Entonces lo escuchó. Un sonido difícil de identificar llegaba desde la carretera. Por más que intentaba asociarlo con algo no lograba saber qué era. Por un momento pensó que algún borracho, de esos que balbucean cuando ya han



Este tramo, como el que recorrí ayer desde Iguala, tiene un buen acotamiento para pedalear sin tener que preocuparse de carros y camiones. Además, hay poco tránsito, lo cual alivia aún más el trayecto. Mientras no me distraiga, dé un golpe de timón innecesario o algún otro acto sin sentido puedo seguir sin contratiempos.

Llego a Venta Vieja, que no parece ser más que un par de casas al pie de la carretera. He avanzado a buen ritmo y no quiero perderlo, así que sigo de largo. Me detengo cada tanto a fotografiar el cerro y las formaciones en el corte vertical que hicieron los trascabos para abrir camino: fascinantes texturas de piedra.

Me sorprendo de encontrar una colorida capilla junto al camino: esto es Milpillas, no hay otra cosa. A menos que un pueblo se oculte detrás del cerro, como dice la canción. En cualquier caso, es otro buen lugar para tomar fotos.

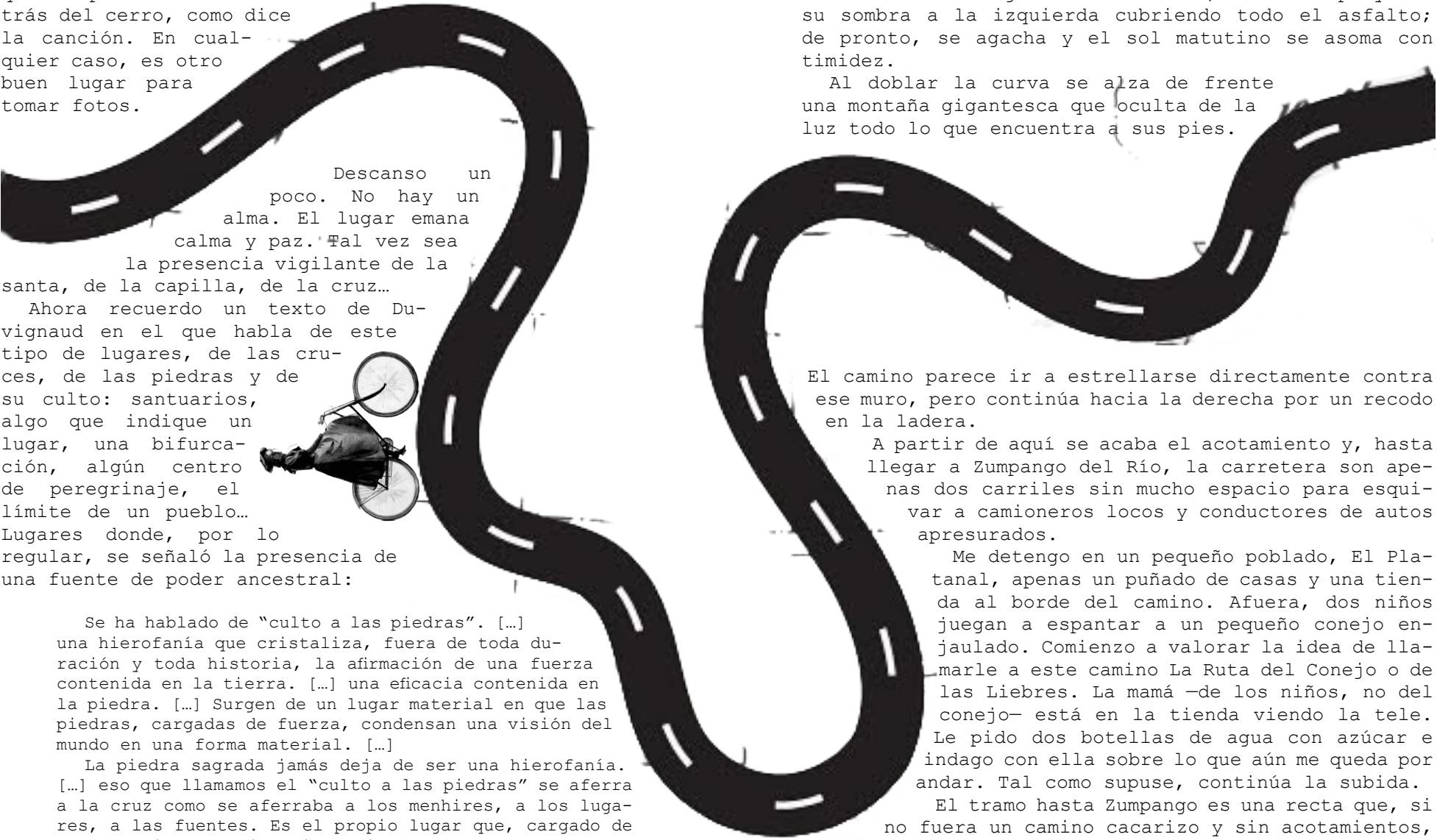
Descanso un poco. No hay un alma. El lugar emana calma y paz. Tal vez sea la presencia vigilante de la santa, de la capilla, de la cruz...

Ahora recuerdo un texto de Duvignaud en el que habla de este tipo de lugares, de las cruces, de las piedras y de su culto: santuarios, algo que indique un lugar, una bifurcación, algún centro de peregrinaje, el límite de un pueblo... Lugares donde, por lo regular, se señaló la presencia de una fuente de poder ancestral:

Se ha hablado de "culto a las piedras". [...] una hierofanía que cristaliza, fuera de toda duración y toda historia, la afirmación de una fuerza contenida en la tierra. [...] una eficacia contenida en la piedra. [...] Surgen de un lugar material en que las piedras, cargadas de fuerza, condensan una visión del mundo en una forma material. [...]

La piedra sagrada jamás deja de ser una hierofanía. [...] eso que llamamos el "culto a las piedras" se aferra a la cruz como se aferraba a los menhires, a los lugares, a las fuentes. Es el propio lugar que, cargado de fuerzas diversas, irradia hacia el hombre que pasa. El campo está, así, sembrado de matrices o, si se desea, de núcleos de eficacia. De una eficacia que alcanza y modifica al hombre que atraviesa el campo. [...] que marcan aquí y allá esos lugares de fuerza, diseminados.[2]

Así que éste parece un sitio de esos, irradiante, que con su fuerza centrípeta me ha atraído hacia él.



Se me ocurre de pronto que tal vez haya ojos en todas partes observando sigilosamente, mientras yo estoy aquí reflexionando como si en los alrededores *no hubiera nadie*. Mejor pedaleo.

III

Entro al Cañón del Zopilote. Hay un tráiler negro estacionado al borde de la carretera. Parece abandonado, pero no me sorprendería que lo usen como torre de vigilancia.

El camino se ha vuelto sinuoso y bajo él cruza, de un lado a otro, el cauce del río seco: es una serpiente interminable que zigzaguea juguetona de acá para allá. Algunos puentes son engañosamente breves y otros ostensiblemente largos. Por momentos, el cerro proyecta su sombra a la izquierda cubriendo todo el asfalto; de pronto, se agacha y el sol matutino se asoma con timidez.

Al doblar la curva se alza de frente una montaña gigantesca que oculta de la luz todo lo que encuentra a sus pies.

El camino parece ir a estrellarse directamente contra ese muro, pero continúa hacia la derecha por un recodo en la ladera.

A partir de aquí se acaba el acotamiento y, hasta llegar a Zumpango del Río, la carretera son apenas dos carriles sin mucho espacio para esquivar a camioneros locos y conductores de autos apresurados.

Me detengo en un pequeño poblado, El Platanal, apenas un puñado de casas y una tienda al borde del camino. Afuera, dos niños juegan a espantar a un pequeño conejo enjaulado. Comienzo a valorar la idea de llamarle a este camino La Ruta del Conejo o de las Liebres. La mamá —de los niños, no del conejo— está en la tienda viendo la tele. Le pido dos botellas de agua con azúcar e indago con ella sobre lo que aún me queda por andar. Tal como supuse, continúa la subida.

El tramo hasta Zumpango es una recta que, si no fuera un camino cacarizo y sin acotamientos, sería muy fácil de transitar. Pero no lo es. Apenas entro en ella, me rebasan a poca distancia y alta velocidad volteos, autobuses y dobles remolques. Como ya lo he dicho antes, esta es la razón por la que prefiero las carreteras abundantes en curvas y desniveles: los conductores de cualquier vehículo motorizado, apenas ven un camino recto, piensan que han entrado a las



500 Millas y aceleran a toda marcha, algo muy peligroso para lo que sea que se encuentre en la ruta y que, en su opinión, no tendría por qué estar ahí: peatones, ciclistas, vendedores, fauna urbana o silvestre... Todo se convierte en objetivo legítimo para estos *bólicos atropelladores*, como los llaman los Babasónicos:[3]

Eres formidable, astro del volante,
Súperacelerador.
Fórmula del trueno, rey del desenfreno...

La entrada a Zumpango se bifurca en carriles laterales y centrales, por donde cruzan los que siguen de largo. Me detengo para asegurarme de no ir por el rumbo equivocado, pero sobre todo porque no me quiero meter en el desnivel por donde bajan a toda prisa autobuses, tráileres, pipas, autos particulares y lo que sea que pueda acelerar como si no hubiera un mañana.

Le pregunto a dos *morritas* —jóvenes, muchachas, señoritas— si por la lateral salgo a Chilpancingo de los Bravo y me responden que no, que tengo que bajar al desnivel, pero que, si quiero irme por ahí, es igual. O sea que sí.

Sigo entonces por ahí, disfrutando la casi total ausencia de automóviles. Antes de volver a la carretera, a la salida del pueblo, me detengo en el estacionamiento de un centro deportivo, la Cancha del Ejército. La sombra de los árboles invita a escapar del sol de medio día, ya en todo su esplendor.

Ante la mirada socarrona de un grupo de deportistas que para entonces ya están quitándose la sed en el carro con



unas caguamas, me baño en bloqueador solar hasta donde puedo sin cometer faltas a la moral. Ahora parezco un personaje de ópera del siglo dieciocho al que sólo le hace falta la peluca estilo Voltaire. Preferiría esperar a que el sol se calme un poco o, de plano, desaparezca tras la montaña, pero eso no ocurrirá pronto.

IV

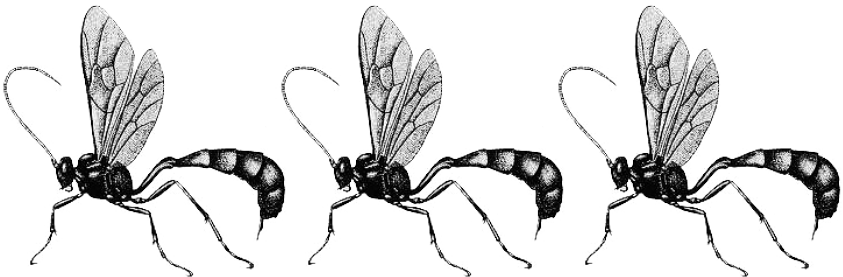
Pedaleo. La salida de Zumpango es también una recta que acaba al fondo en un recodo, al pie de un imponente cerro donde la cara de Pablo Amílcar, uno de los candidatos de Morena a la gubernatura de Guerrero, sostiene una discreta sonrisa eterna en un anuncio espectacular que, ante la majestuosidad del cerro, resulta insignificante. Es inevitable verlo. La única opción es voltear para otro lado: mirar el asfalto, ver a los costados o improvisar unos tapujos con las manos; pero invariablemente, al levantar la mirada, ahí estará Pablito, tratando de ganarse la simpatía del guerrerense o quien pase por el lugar.

Este tramo que conecta Zumpango con Chilpancingo en realidad es muy cómodo para el pedaleo. Se trata de un libramiento de cuatro carriles amplios con acotamientos generosos. Le doy las gracias al ingeniero civil que lo construyó por no ser un tacaño chambón. El único inconveniente es que se trata de una buena subida —muy buena—, de curvas amplias y con fuerte inclinación —peralte—, que hay que ir escalando con paciencia. No son muchos kilómetros pero, como alguna vez escuché decir al *mochilero mayor*, Roberto Cervantes:[4]

A esta hora todo cuesta el doble.

Al fin consigo librarme de Amílcar. Voy subiendo despacio y me detengo cada vez que se me antoja. No hay ninguna prisa. Como ya dijimos antes, *this is not a fucking race*: [5] si hay sombra, me paro a disfrutarla; si veo un pájaro o ser de la naturaleza, me detengo a contemplarlo; si veo algún objeto extraño en el piso, me paro a mirar con detenimiento qué cosa es; si me da sed, freno y le doy unos tragos al bidón... Veo piedras, aves, árboles escuálidos en el cerro, todos recibiendo la bendición de la luz del día.

El camino se ensancha aún más. Me aproximo a un entronque donde se conectan la Autopista del Sol, que se abre paso como una grieta en la ladera del cerro, y el camino hacia Tixtla de Guerrero. A la izquierda hay un hospital y un poco más adelante, por fin, la entrada a



[1. El Paraíso]

en verdes praderas me hace descansar

Salmo 23

A Sonia Matus



En Oaxaca, a cualquier parte que vayas tendrás que atravesar una sierra, había escuchado decir en otra ocasión por el lado de la Mixteca.

Vio el mapa y dudó por un momento: casi dos mil metros de desnivel y unos cuarenta kilómetros de ascenso. Estaba considerando la posibilidad de agarrar una combi a la capital del estado, pero se dijo: “Ya estás aquí, pedalea”.

Un día antes le habían dicho que se fuera prevenido: en todo ese tramo el único lugar donde podría conseguir agua o alimentos era un restaurante que se encontraba en la entrada a Tonaltepec.

Primero tendría que llegar a Dominguillo, un pequeño pueblo al pie de la montaña, y ahí empezaba la subida. El primer puerto era el Mirador, y más arriba, a una distancia similar, estaba el restaurante. Luego continuaba la subida hasta llegar a la cima de la cordillera, en la entrada a Nacaltepec.

Tonaltepec y Nacaltepec... Los nombres le sonaban al *tonal* y al *nagual* de los que hablaba Carlos Castaneda: lo nombrable y lo innombrable.

A partir de ahí venía el anhelado descenso del otro lado de la sierra: los mismos cuarenta kilómetros de la subida pero ahora de bajada, hasta Telixtlahuaca. Y luego el valle de los Etlas. Y al final *Oaxaquita*.



o cinco horas de distancia en automóvil. Morritos de veinte años en moto que son los dueños del camino. Uno quiere pensar que *sólo son* mensajeros o repartidores, pero seguramente a alguien ya se le ocurrió la idea millonaria de sacar alguna ventaja de este invaluable recurso. O tal vez sea ese mismo *alguien* quien incentiva esta economía política de la información en una zona remota, de difícil y limitado acceso. Y sabemos bien que información es poder.

El de la tienda continuó: "Mire, si va para Tulcingo, tenga cuidado. Aquí sí está tranquilo pero allá está feo, no deje su bici en cualquier lugar porque seguro se la roban, y no se detenga a hablar con cualquiera porque *ahí sí está* peligroso..." Comenzó a ponerme nervioso: "Mire, yo le recomiendo que, después de Teco, se siga hasta Acatlán, y si no llega hasta Acatlán, se detiene en Palomas y ahí se queda, porque de ahí para adelante *no hay nada* —obvio subrayado mío— y está bien peligroso, la carretera está llena de cruces de que ahí los dejan nomás..." Mejor guardé el celular, me trepé a la bici y me despedí porque no sólo me estaba poniendo nervioso sino también de malas. Pero el daño ya estaba hecho.

En el siguiente tramo hasta Tulcingo, unos quince kilómetros, la mitad de subida, no me pude quitar de la cabeza, por más que lo intenté, la idea de que me había ido a meter a la guarida del lobo, de que en cualquier momento me asaltarían y dejarían tirado en el camino con una mano por delante y otra por detrás, o peor aún, en cachitos y a merced de los zopilotes. La cosa se puso peor porque el sol estaba en todo su esplendor y el camino no era precisamente una supercarretera de primer mundo. Además, siendo un camino secundario, es muy fácil comenzar a pensar que un lugar tan solitario es el escenario perfecto para los crímenes más horrendos que la humanidad pueda perpetrar. Maldita sea.

Mientras pedaleaba de subida con todas mis fuerzas y lo más rápido que podía, como si me vinieran persiguiendo los mil demonios, vi pasar tres o cuatro automóviles y varias camionetas con mercancía de distintos

tipos: ganado, muebles, material para construcción, juguetes... Un rato más tarde me rebasó una moto tripulada por dos hombres. Al pasar junto a mí, el que viajaba atrás volteó y me gritó, saludando con el brazo:

¡Good morning, amigooo!

Bueno, al menos me daban por gringo y eso reducía la probabilidad de acabar al fondo de un barranco. Suena feo, pero es así.

Una vez remontada la subida comenzó el descenso. Esto me dio cierta tranquilidad y redujo la tensión. Ya hasta los dientes me dolían. Eventualmente llegué a Tulcingo y me detuve en la primera esquina donde vi algo similar a una fonda. En realidad, era una mini-tienda, pero también vendían comida. La atendía un par de niños, pero cuando les pregunté si tenían comida le gritaron a la mamá, que salió cargando un bebé. Mientras comía observaba con suspicacia cuanto automóvil pasaba frente a mí. Entonces caí en la cuenta de lo patético de la situación. A menos que el bebé o los niños de la tienda fueran temidos malhechores, en realidad se respiraba en el pueblo un clima de absoluta calma. A veces sólo se necesita cambiar un poco la perspectiva y sacudirse de encima miedos absurdos.

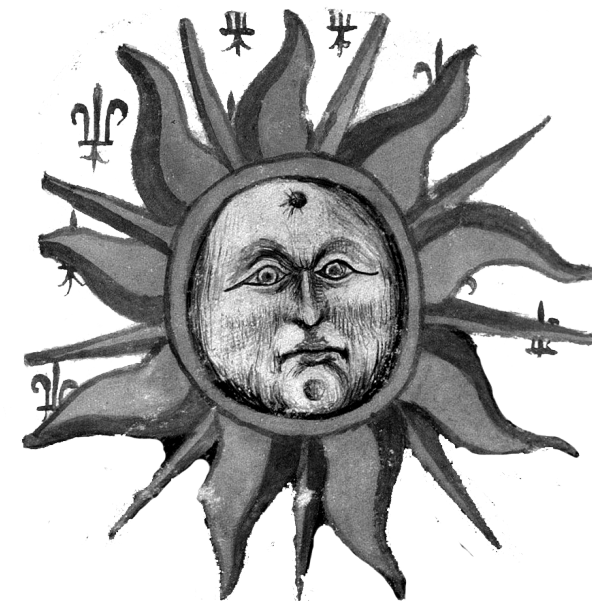
Terminé de comer y bajé al zócalo. Lo primero que encontré fue una procesión: familia completa, en sus mejores galas, saliendo de la iglesia con banda de viento, festejando la presentación en sociedad de otro recién llegado al mundo. Seguramente otro peligrosísimo bebé.

Me detuve un rato en el zócalo a pajarear y después entré a un pequeño hotel en una de las calles aledañas en busca de un baño. Nadie en la recepción. Piqué el timbre. Nadie. Esperé pacientes cinco minutos que se convirtieron en diez, quince... Nadie. Me asomé en la primera habitación: cuarto de servicio. La segunda: habitación con baño. Hice un último intento con el timbre y, ante la definitiva ausencia de recepcionista, me metí al baño. Todavía al salir esperé otro poco, pero no podía hacerlo eternamente. Puse cinco pesos en el mostrador con una nota:

Usé su baño.
Muchas gracias.



[publicado el 28 de noviembre de 2022]



Chilpancingo. Esto me da un enorme gusto por dos razones: 1) he llegado hasta aquí en bicicleta sin mayores contratiempos, y 2) ahora comienza una feliz bajada.

V

Antes de lanzarme alegremente en descenso me detengo a ponerle aire a las llantas en una de las gasolineras a la entrada de la ciudad. Hay una buena cantidad de turistas. Me pregunto si ésta es la estación que incendiaron los policías federales para luego culpar a los normalistas de Ayotzinapa, allá por 2011, el día que éstos bloquearon la carretera y aquellos, así sin ningún pudor, asesinaron a balazos a dos de ellos. No veo los nombres de los caídos, pero deben estar por ahí: Alexis Herrera y Gabriel Echeverría.[6]

Chilpancingo mide como diez kilómetros de largo, desde la entrada norte hasta el extremo sur, en el pueblo de Petaquillas y, como ya dije, de un extremo a otro es pura bajada. También hay carriles laterales, así que me voy por ahí, con calma, atento por si encuentro algún lugar para comer.

Me detengo en la parada del microbús a ver el mapa. Unas *morritas* —señoritas, muchachas, jóvenes— trepadas en la cajuela de una camioneta, mientras el semáforo cambia a verde me miran, cuchichean y luego se ríen. Supongo que esto de ver cicloviajeros por aquí no es algo muy común. Me olvido de las naturales y le pregunto al primer cristiano que veo por un lugar donde encontrar comida, que es lo realmente importante. Me manda al Mercado del PRI. Ni modo, usos y costumbres.

Llego hasta ahí y, desde una de las cocinas, otra *morrita* —señorita, muchacha, joven— me ve y sonríe, entre amable y ruborizada. Se acerca a la baranda y me invita a entrar en su fondita, antes de que la competencia le coma el mandado. Sólo soy un aficionado a la bici que viene muy sudado, asoleado, cansado y hambriento, pero igual se agradece que lo reciban a uno como si fuera el mismísimo Pablito Amílcar.

Le pido albóndigas y ella las acompaña con frijoles y tortillas hechas a mano. También le encargo un litro de agua de limón con mucho hielo, y corre al puesto de aguas frescas a dar la orden. Mientras llega el agua le voy pellizcando a la tortilla, remojándola en salsa roja, absorbo en la textura de la masa de maíz recién cocida, en el cansancio y el entumecimiento de las piernas y en el sol a plomo que me venía cociendo a mí.

La muchacha me observa mientras prepara algo y atiende el teléfono. Se da cuenta de que no me decido a comer:

—¿No le gustó su comidita? —pregunta desde la barrera.

—Es que estoy esperando mi agua —le respondo.

Corre otra vez a preguntar a ver a qué horas con esa agua y por fin se la dan.

Un ojo al taco y el otro a la bici, que me espera recargada en la baranda. En la mesa de enfrente, dos comensales me ven cada tanto silenciosos, en una especie de mezcla entre curiosidad y trabajo de halcón. ¿Será mi paranoia? Hay que ser precavidos, pero sin alarmarse. Por desgracia, Chilpancingo es una de las ciudades más inseguras y violentas de México, pero ciertamente no tan violenta como mi natal Cuernavaca, que ocupa el deshonroso lugar diecinueve entre las cincuenta más violentas del mundo.[7]

Mejor dejo de pensar en tonterías y me concentro en las albóndigas.

VI

Ahora que soy una albóndiga con ruedas salgo del mercado pedaleando sin prisas. Busco un cajero cerca de la terminal de autobuses, lugar concurrido donde parece no haber pandemia. Exploro rápidamente las calles aledañas. Encuentro una glorieta rematada con magueyes y representaciones de piedra de personajes autóctonos ancestrales que me recuerdan a los gigantes de la isla de Pascua o algo por el estilo.

El sol ya no pega con tanta fuerza y algunos tramos de la ciudad escapan a su omnipresencia. La tarde empieza a tomar forma, pero, según yo, aún es muy temprano para



Quizá si la mujer me hubiera dicho algo como “Muero de calor” o “Se me olvidó mi botella” habría seguido interactuando con ella sin problema, pero me desconcertó el hecho de que me pidiera dinero. Dinero, siempre dinero:

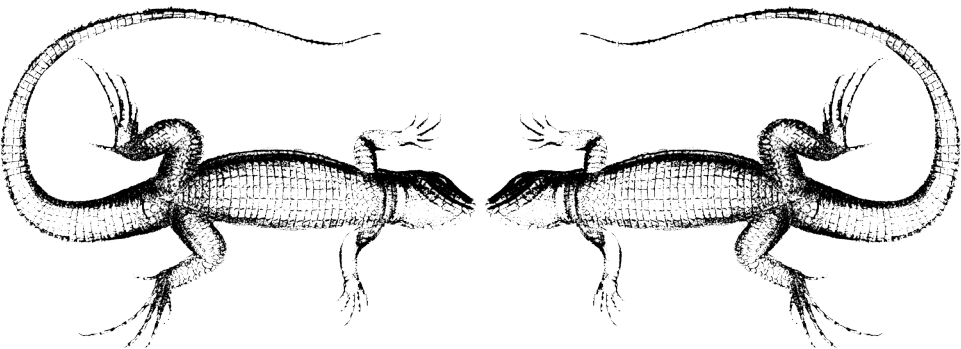
*It's all the goddamn money, Ed Tom.
Money and the drugs. It's just goddamned
beyond everything. What's it mean?
What's it leading to?*

dice el *sheriff* Roscoe en *No country for old men*.

Pues esta muchacha no parecía una persona realmente necesitada de ayuda. Al contrario, creo que sólo había buscado algún pretexto tonto para hacerme detener. Por alguna razón pienso, aunque quizá sea sólo mi prejuicio, que algunos puntos en toda esa zona, que son la periferia por la que hay que atravesar para entrar a Acapulco, es mejor pasarlos sin llamar mucho la atención. O no. Es lamentable y no puedo evitar pensar que es triste verlo así, pero es así. Uno puede predicar todo el amor y la paz del mundo, pero la realidad a veces es demasiado brutal.

Volviendo al camino a Chila, también aparecía cada tanto, aparte de lagartijas, alguna vaca junto a la carretera, de la que me separaba con seguridad una cerca de alambre de púas, aunque a veces estas vallas están rotas o en algunos lugares simplemente no existen. Como le diré más tarde a alguien, me preocupa más toparme de frente con un toro suelto que con otra cosa. La probabilidad de que esto ocurra junto a la carretera no es mucha, pero el ganado abunda, así que no es imposible. Algunos días después, al ir en dirección a Tonalá —*Tonalá, Tonalá*, dice Lila Downs— me encontraré con un puñado de vacas a media carretera, y varios días más tarde, con otro más por los rumbos de Santa María Zacatepec.

El zopilote me observaba paciente desde la punta del cactus, esperando mi caída. No había avanzado tanto el día, pero ya llevaba un buen par de horas de sol. Me detuve a ponerme bloqueador, no podía postergarlo. Varios días después, también en el camino a Tonalá, estaría demasiado tiempo por la mañana bajo el sol sin protección y llegué al punto en que ya ni el bloqueador ni una camisa extra resuelven el ardor en la piel provocado por las quemaduras. Error muy imprudente que he cometido varias veces y que se paga con una mala noche de dolor e insolación.



Comencé a bajar. Otra vez las salinas en las laderas del cerro. Entré al pueblo y, en la calle principal, me detuve afuera de una tienda...

IV

En los escalones a la entrada de la tienda había un hombre de mediana edad, sentado, entretenido con el celular. Me vio de reojo y siguió en lo suyo. En la calle, a unos metros, trepado en una moto, un muchacho, no más de veinte años, hacía lo propio con su teléfono. Bajé de la bici y agité el celular por lo alto intentando agarrar señal.

—¿De dónde viene? —me preguntó el de la moto.

—Ahorita de aquí de San Juan, voy para Tulcingo.

—Ahhh, ¿pero de dónde es?

—Vengo de Morelos —nunca digo el lugar exacto, pero dudo que esto sirva de algo.

El otro hombre se levantó y entró a la tienda.

—¿Y ahí se va a quedar en Tulcingo? —indagó un poco más el de la moto.

—No, a ver si llego a Tecamatlán.

—Ahhh ¿y a qué va a Teco? —insistió.

—A nada en especial, sólo voy de paso.

—Ahhh, ¿y hasta dónde va?

—Voy para Oaxaca.

—Ahhh...

Fin del interrogatorio. No me pareció malintencionado. Luego de un rato, encendió la moto, se despidió y arrancó, dejando una nube de polvo en la calle. El de la tienda ya había vuelto y se quedó de pie en la entrada. Cuando la moto se había esfumado por completo, me advirtió:

—Tenga cuidado de no darle mucha información a *estos* —dijo, en alusión al motociclista. —No le vaya a dar el pitazo a alguien.

Ocurre que, al andar de un pueblo a otro, forman una gran red de información muy valiosa sobre pueblos y caminos en la región. Se conocen entre todos. Si no pueden mensajearse o llamarse, abarcan grandes distancias en poco tiempo a gran velocidad. Antes de irse, le pregunté al de la moto cuál era su ruta, hasta dónde llegaba y cuántos viajes hacía en un día. Me dijo que podía hacer encargos desde ahí, Chiautla o Tulcingo hasta Tlapa, en Guerrero, en un par de horas *metiéndole duro*. Para darse una idea, Tlapa queda como a cuatro



Cette belle randonneuse est équipée de noms prestigieux : Tubes couple et porte-bidon T.A., freins MAFAC, jantes et garde-boue AD-HOC, pneus WOLBER.

pavimento una iguana de tamaño regular –quiero decir que no era tamaño dinosaurio– y quedó oportunamente con la cabeza justo en el trayecto próximo de la rueda delantera. Esquivarla habría implicado perder el control de la bici y rodar varios metros por el asfalto, además del chingadazo. O no. Nunca lo sabremos. El caso es que, por la distancia y la velocidad a la que iba, aquello ocurrió en un parpadeo. Por alguna clase de intervención milagrosa o quién sabe qué cosa, la bici pasó a un pelo de la nariz de la temeraria iguana. Si hubiera ido a dar al piso ciertamente me habría dolido la caída, pero me habría dolido más, estoy seguro, destriparla.

Por fortuna, nada de esto ocurrió, sólo el susto y un sincero insulto para nuestra escamosa amiga. Unos kilómetros adelante recuerdo, más o menos en ese orden, a un *pitbull* que estaba echado bajo una camioneta junto a la carretera, encadenado para mi fortuna, que sin avisar saltó hacia mí cuando pasaba a su lado; a una *chica trans* con cabellera de concurso, rizada y rubia, al borde de la carretera, en horario de trabajo, aunque ésta no intentó nada en mi contra pero infelizmente tampoco lo contrario; y a una mujer regordeta, joven, en la parada de camiones, que cuando pasaba frente a ella me gritó: “¡Dame agua!”, así que me detuve, desamarré la botella y se la di; pero cuando estuvo cerca de inmediato me pidió dinero. Luego vi que en la parada había un hombre observando el desarrollo de la escena a cierta distancia –aunque quizá no estuvieran juntos–, así que estiré la mano requiriendo la devolución de la botella, la amarré al portabultos y me alejé de ahí *rapidito*.



cantar victoria. Después de la comida y el breve descanso recuperé energías, y ahora me aproximo a la salida de esta ciudad con el ánimo y la alegría de volver al camino.

Antes de salir, me detengo en un puesto de frutas a comprar unas mandarinas, que siempre son un alivio en cualquier momento que uno decida parar a darse un respiro.

Cruzo con precaución el entronque que conecta con la Autopista del Sol. A partir de aquí empieza la federal, una subida de varios kilómetros, con sólo dos carriles y sin acotamiento; aunque los conductores guardan cierta distancia al rebasar, a veces no es la que uno esperaría, pero algo es algo y puedo ir subiendo a paso lento pero seguro.

Apenas avanzo algunos metros cuando veo dos letreros, uno encima del otro:

ACAPULCO 110
T COLORADA 50

Este ha sido un día largo y apenas llevo la mitad del recorrido. Veo el reloj y pasa de las 4 pm. Dentro de poco el sol se ocultará y no pienso pedalear de noche. Ya en otra ocasión he tenido la audacia de pensar que podía hacer sesenta kilómetros en tres o cuatro horas, de subida y con la bici cargada; no debería, pero aquí voy otra vez. Me hago la promesa de seguir mientras haya luz y, llegado el momento, detenerme en algún lugar seguro, sea una vivienda, un hotel o a campo abierto, si es que tal cosa es posible en un estado como Guerrero.

La subida, para mi buena suerte, se acaba pronto en un paraje llamado Rancho Laguna. A partir de ahí comienza un descenso gracias al cual avanzo, en poco más de una hora, arriba de treinta kilómetros, siempre que la velocidad no suponga caer y quedarme sin dientes. El viento en contra me detiene un poco pero resulta peligroso, porque hay fuertes ráfagas que pegan de costado y tambalean la bici.

Paso la entrada a Mazatlán y cruzo debajo de la Autopista del Sol, a la altura de Palo Blanco. Tras una buena cantidad de curvas cerradas, a la sombra protectora de cerros gigantes, llego a Acahuizotla. La región es un área natural protegida, de increíbles paisajes, cañadas y abundante vegetación.

La bajada termina en Rincón de la Vía, en un pequeño valle donde van apareciendo pueblos, uno tras otro, al borde de la carretera: Cajelitos, Buena Vista de la Salud, Ocotito, Mohoneras, Julián Blanco, Carrizal de la Vía y, por último, Garrapata, un poco antes de Tierra Colorada.

Junto al primero hay un pequeño lago, el Lago Islas, y más adelante un zoológico y una zona arqueológica, Tehuacalco. Estoy tentado a acercarme a cualquiera de estos sitios a buscar donde poner la tienda. Ya no se ve el sol, pero hay suficiente luz y todavía es posible pedalear.

A partir de Ocotito el camino se inclina a mi favor nuevamente. Sólo no hay que confiarse porque, siendo una zona semiurbanizada, por la abundante cantidad de pueblos, cada tanto aparecen de la nada topes de altura engañosa y la bici ya reparó un par de veces con todo y jinete.

Al borde de la carretera se ven piedras enormes, de varios metros de diámetro, como si esto fuera el lecho de un río, pero que parecen haber rodado desde la punta del cerro hasta aquí hace mucho tiempo. Voy pensando en ello y en el alivio de que estos cincuenta kilómetros fueran en su mayoría de bajada.

Conforme avanzo se ven cada vez más y más casas y topes que interrumpen el descenso. El declive cede poco a poco. Pienso que estoy llegado a mi destino este día, pero busco un lugar en especial. Al salir de una curva finalmente lo encuentro: he llegado. Hacía casi treinta años que no pasaba por aquí. Esa imagen, la imagen de la entrada a este pueblo, me remite de golpe a un pasado lejano, no sabría decir si poco glorioso o privilegiado. Seguramente ambos.

Algo ha cambiado y a la vez nada. Quisiera poder asimilar con más calma el momento de haber vuelto aquí después tanto tiempo, aunque esta vez yo solo y en una bicicleta; pero una gran manifestación ante mí –cientos, quizá miles, no sabría cuántos con exactitud– avanza por la carretera ocupando un carril completo. El hombre que encabeza la marcha, de la mano de otros hombres y mujeres, lleva sombrero calentano y collares de flores. Hay música, cuetes, pancartas...[8] Una de ellas, hasta el frente, dice algo como:

TIERRA COLORADA VA CON FÉLIX.

Hoy es 3 de enero de 2021. El reloj marca las 18 horas.

Notas

- [1] Jis Oficial, <https://x.com/jisvagoimperial/>
- [2] Jean Duvignaud, *El sacrificio inútil*, FCE, 1983, pp. 62-63.
- [3] Babasónicos, *Grand Prix*, <https://open.spotify.com/intl-es/track/0je02EivBDRRsRXC2voWLg?si=a0804da7041b489e>
- [4] Mochila Rodante, <https://www.instagram.com/mochilarodante/>
- [5] Ver más adelante [5. *Epílogo 2: esto no es una carrera*].
- [6] Sergio Ocampo Arista, “Matan policías a dos estudiantes al desalojar un bloqueo carretero”, *La Jornada*, 13/12/11, <https://www.jornada.com.mx/2011/12/13/politica/002nlpol>
- [7] Forbes, “México tiene 6 de las 10 ciudades más violentas del mundo: ONG”, *Forbes*, 02/06/20, <https://forbes.com.mx/noticias-mexico-6-de-10-ciudades-mas-peligrosas-del-mundo/>
- [8] Félix Salgado Macedonio, *En Tierra Colorada*, municipio de Juan R. Escudero..., https://www.facebook.com/permalink.php?story_fbid=2501655176797754&id=1912795965683681

[publicado el 9 de abril de 2021]





[8. La Providencia]

*Dadnos otra vida para no hacernos sentir
que somos algo
que está agazapado y espera,
para conocer el mundo de un modo nuevo
y el valor de abriarnos
como en el campo profundo las raeduras de heno
se abren al hielo que se ahonda despacio;
dadnos el gusto de poder decidir
mientras el viento que enfila por la senda
decide adónde ir*

Rita Baldassarri

23/12/21.

Recargué la bicicleta en un escalón frente a la puerta de la casa, al nivel de la calle. Me gustó el color de la fachada: el contraste entre el verde y el anaranjado pálido bañado por el sol vespertino del invierno.

Desde ese punto la mirada abarcaba toda la plaza del pueblo, completamente vacía.

El calor había comenzado a pegar duro desde que atravesé el cerro en la mañana por un camino de terracería que me sacaba de Santiago Ilamacingo. Fue casi imposible pedalear con la bici cargada por esa subida, que además de empinada, estaba hecha de cemento y piedra, completamente irregular, lo que la volvía todavía más difícil de escalar. Así que me bajé de la bici y la empujé para arriba.

Después de avanzar un tramo me detuve. Desde ahí se veían algunas vacas esparcidas a lo ancho de un campo bordeado al otro extremo por el río Mixteco. Ya estando en la cima hice una pausa bajo un árbol para tomar un poco de agua y darme un breve respiro. Reanudé el pedaleo.



los confundí, porque cuando iba bajando hacia este último pude ver las salinas en la ladera del cerro y, por el nombre, pensé que se trataba de Chila.

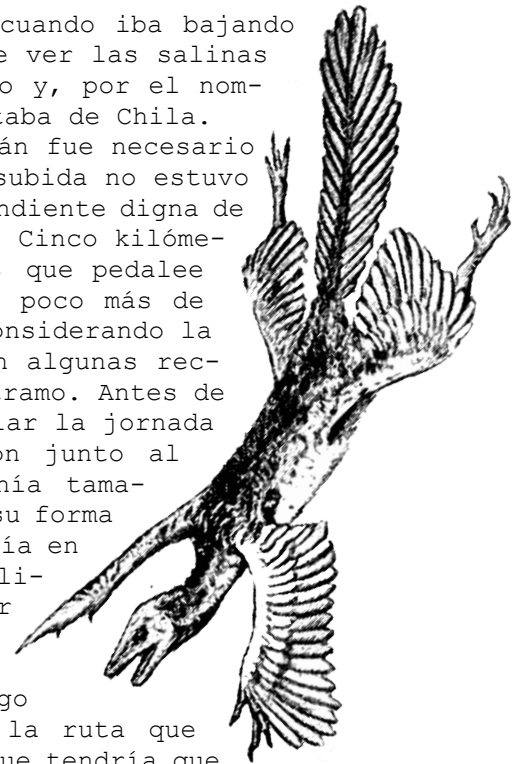
Para llegar a Ocotlán fue necesario cruzar el cerro y la subida no estuvo nada fácil: primera pendiente digna de respeto en este viaje. Cinco kilómetros, aproximadamente, que pedalee con el hígado durante poco más de una hora. Nada mal, considerando la inclinación que tenían algunas rectas y curvas en este tramo. Antes de dejar San Juan e iniciar la jornada me detuve en un mesón junto al puente. La señora tenía tamales, y me explicó que su forma de prepararlos consistía en revolver todo en la li-cuadora y después hacer el tamal, sin ponerle nada dentro. El señor de la casa, luego de preguntarme sobre la ruta que seguiría, me informó que tendría que subir el cerro de enfrente:

—¿Ve usted esas antenas en la punta del cerro allá arriba? Pues hasta ahí tiene que llegar.

Maldita sea, pero aquí andas, pensé.

Comencé a subir. No había una sola nube, pero en las curvas, el muro que se levanta al lado opuesto del barranco ofrece una generosa sombra, una curva sí y otra no, que aproveché tres o cuatro veces para beber agua, descansar un par de minutos y disfrutar del paisaje. Eventualmente llegué a la cima y bajé del otro lado en dirección a Ocotlán, que está relativamente cerca, junto a la carretera, pero seguí de largo. El silencio y la tranquilidad del camino se veían interrumpidos de vez en cuando por algún motociclista a toda máquina, algún camión repartidor o alguna camioneta transportando cualquier cosa que la gente necesite para su trabajo en el campo o con el ganado. Cada tanto pasaba sobre mi cabeza un zopilote que luego volvía a encontrar unos metros adelante sobre un cactus candelabro, o atravesaba la carretera una lagartija con prisa y terror a ser destripada en un parpadeo.

Ahora que digo lagartija recuerdo que, un año antes, en el trayecto de Kilómetro 40 a Kilómetro 30, en Guerrero, bajé por una pendiente que me hizo agarrar buena velocidad. Por la cada vez mayor presencia de zonas urbanas en esa carretera, aprendí a poner especial atención a los topes. Ya en un par de ocasiones, por no verlos, estuve a punto de quedarme sin dientes, sin lengua, sin bici, por separado o todas juntas. Esa vez me iba cuidando de no perder el buen paso, pero sin caer en la imprudencia de dejarme ir como gordo en tobogán. Pero inevitablemente lo hice cuando pude asegurarme de que en los próximos metros no había barreras ostensibles. En eso estaba cuando de pronto, a unos diez metros de distancia, saltó de la cuneta al



incansablemente hacia mí. Los ignoré a los cuatro y seguí con mis ocupaciones. Cuando casi daba por concluido el trabajo, al darme la vuelta descubrí que había tres hombres de pie frente a mí.



Venían a informarme, dijo uno, que algunas personas del pueblo no aceptaban que un extraño en bicicleta irrumpiera en sus dominios así como así: ¿quién era yo?, ¿con quién venía?, ¿pensaba meterme a robar a sus casas?, ¿qué andaba buscando por aquí? Añadió el segundo que, después de que yo entrara al pueblo, unos fulanos en moto se asomaron preguntando por mí. Obviamente esto lo decía con la intención de ilustrar que yo no era una persona de fiar, porque seguramente estaba coludido con esos hipotéticos maleantes, que desde luego eran ficticios; pero más tarde, recordando lo ocurrido, pensé en la posibilidad, aún peor, de que más temprano, en el trayecto hacia el lugar, alguien en el camino me hubiera visto pasar e intentado darme alcance, desde luego no con buenas intenciones, y llegara al pueblo preguntando por un ciclista.

—Mire —añadió el tercero—, aquí adelante hay otro pueblo, seguro que ahí lo reciben.

Sí, los famosos chileños, ya me hablaron de ellos, pensé sin decir nada.

Les dije que el Inspector ya me había dado autorización de pasar ahí la noche. No todos en el pueblo están de acuerdo con lo que diga el Inspector, respondió el segundo lapidariamente. Maldita sea, esto se estaba poniendo feo. Además, agregó el primero, ¿dijo que venía de Morelos? Uy, allá la maña está muy fea, qué tal que usted es uno de ellos. ¡Nooooo, cómo cree!, respondí con risa nerviosa. Yo no me dedico a eso. Ando paseando en la bici, sin intención de ir por ahí molestando a la gente. Y pensé: ¿resulta probable que alguien con intenciones de cometer delitos ande en una bicicleta? Me parece que no, supongo que sólo buscaban un pretexto para echarme.

Ahora llegaba el momento de insistir, pero de no haber éxito tendría que levantar todo y agarrar camino a quién sabe dónde y en medio de la oscuridad. Comencé desde cero: les dije nuevamente quién era, de dónde venía, por qué estaba ahí, para dónde iba; pero, sobre todo, lo que más les interesaba a ellos y también a mí, cuándo lo haría: mañana a primera hora levanto todo y me voy, sólo estoy de paso y no ando en busca de problemas. También, al recordar el incidente, pensé si no habría sido mejor aceptar y largarme sin más, lo cual evidentemente me habría puesto en una situación difícil; pero, oh sorpresa, por alguna razón se convencieron y aceptaron que pasara la noche ahí. Quizá sólo se hartaron de escucharme o tenían prisa de irse a ver el desfile. Para asegurarme de que no se retractaran,

subrayé una vez más que a primera hora me verían agarrar camino derecho a la salida.

Luego de este penoso incidente me dispuse a lavar ropa junto al río, como manda la tradición cicloviajera, y a descansar.

En esas estaba cuando empezaron a bajar del cerro, por la carretera, uno tras otro, decenas de carros y camionetas con música y adornados con luces de colores y atuendos navideños

de todo tipo. Mi idea del desfile había sido otra, pero ahora que ya oscurecía me di cuenta de que el espectáculo era en grande. A la distancia conté



unos cincuenta vehículos, además de un ingente número de motos que también participaban en el carnaval. Venían de Chila, entraron a San Juan y continuaron hacia Chiautla. Todos al ritmo del *Burrito Sabanero* y *El Baile de Santa Clós*:

*Pero mira, mira, mira, mira, mira
Cómo mueve la panza el Santa Clós
Jojojo, jojojo*

Esta vez agradecí no haber acampado en la explanada de la iglesia: habría sido incómodo para mí y seguramente algo extraño de ver para los desfilantes. Y me pareció injusta la actitud de los cuatreros que vinieron a echarme: al parecer no había problema en que entraran a su pueblo decenas de personas que venían de otros lugares al desfile, pero sí les resultaba peligroso un ciclista que sólo pedía un lugar donde pasar la noche. Cuando le contaba al Inspector que tres individuos bajaron al río a decirme que me fuera, respondió con toda calma: sí, son los de la Ronda, ya sabían que se iba a quedar, pero nomás querían asegurarse de que todo estuviera en orden...

III

12 del día.

Llegué a Chila de la Sal, un lugar donde el pueblo entero, o casi, se dedica a la producción de sal. Antes de llegar a Chila pasé cerca de otro pueblo que también se dedica a esta labor, San Pedro Ocotlán. En realidad

A partir de ahí el camino se emparejó; subía y bajaba ondulando sobre la cresta del cerro, con suaves ascensos y declives, amplias curvas y hondonadas, pura terracería.

Desde el recodo de una curva muy amplia que giraba hacia la derecha se veía enfrente, en primer plano, la ladera de un cerro pelón, con unos cuantos árboles regados aquí y allá. Bajo la sombra de uno de ellos, sentados en troncos y piedras, descansaban tres jóvenes que cuidaban a la distancia un puñado de cabras regadas por toda la loma. Seguí avanzando.

Después de la curva había una casa donde, al pasar a toda prisa, comenzaron a ladrar dos perros que salieron furiosos a perseguirme, con los pelos del lomo erizados. Uno de ellos se puso especialmente agresivo y tuve que detenerme para tratar de negociar con él, porque no se le veían intenciones de apaciguarse.

Cuando estuve a buena distancia, una señora se asomó con timidez a llamarlos para que me dejaran en paz. Continué.

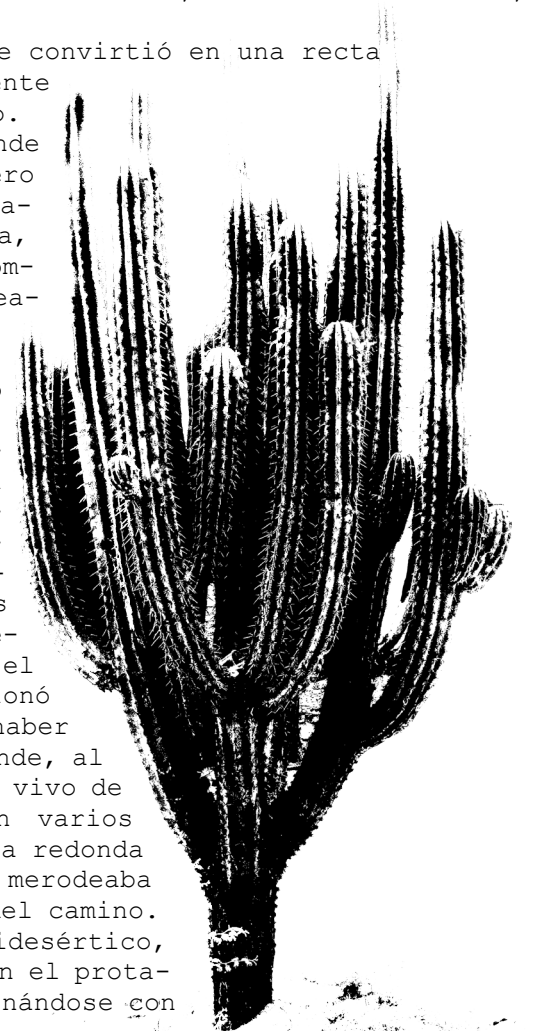
En dirección a lo que, según yo, era el norte, se veían en el horizonte un par de cerros de forma cónica, uno de ellos más llamativo que el otro. Es el tipo de sitios extraños en el paisaje que se te quedan grabados por mucho tiempo en la memoria. Al día siguiente vería, entre Santa Catarina Estancia y San José Ayuquila, un cerro que tiene forma de un oso, un cerdo o un toro, según se mire.

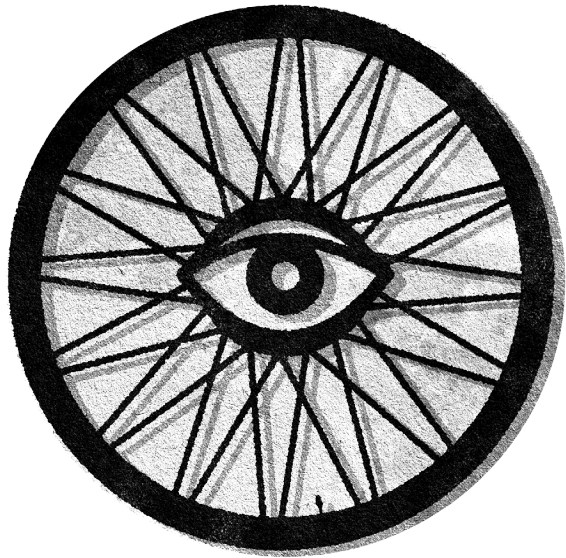
Luego, el camino se convirtió en una recta que subía paulatinamente hasta un nuevo puerto.

No tenía idea de dónde me encontraba, pero avancé con una sensación muy placentera, olvidándome por completo del esfuerzo realizado un poco antes para subir hasta ahí.

De vez en cuando paré a tomarle fotos al camino, las cañadas, el cielo y el horizonte, los árboles con formas extrañas y colores improbables, los cerros puntiagudos, o simplemente para escuchar el silencio. Me emocionó con fascinación el haber llegado a un sitio donde, al parecer, el único ser vivo de tamaño ostensible en varios cientos de metros a la redonda era un zopilote que merodeaba sigiloso a lo largo del camino.

El escenario semidesértico, sin una sola nube, con el protagonista sudoroso empinándose con





desesperación una botella de agua bajo el rayo furibundo del sol, bien habría podido musicalizarse con los acordes de alguna canción de Friends of Dean Martínez o de *El bueno, el malo y el feo*, para darle un poco de dramatismo a la escena. No había saguaros ni arbustos secos rodantes —*brujas*—, pero síárboles con el tronco color verde y cactus candelabro.

Pero éste no era el desierto que se extiende al infinito por la línea del horizonte, como en el norte; aquí la mirada chocaba con lomas y cerros puntiagudos y pelones, una sierra de formas extrañas difuminándose en la lejanía, con el serpenteo de un río entre laderas y montes.

Revisé el mapa y vi que la ruta se bifurcaba más adelante. Según yo me dirigía a Chiltepec, donde me desviaría hacia un pueblo llamado San Isidro Jehuital. No recuerdo cuál fue la dirección que tomé en el entronque, pero vine a dar sin quererlo a un lugar que ni siquiera aparecía en el mapa: La Providencia.

Me encontraba frente a la plaza. Entré al pueblo por una calle que subía desde el río. Más que una calle en el sentido en que lo entendería un ciudadano cualquiera, se trataba de un camino agreste, lleno de arena en algunos tramos, socavones y piedras de buen tamaño que más bien daba la impresión de ser el cauce de alguna barranca en temporada de lluvias.

El río como tal estaba prácticamente seco. Se llama Tizaac. Pensé que esto era lo normal cuando me encontré con un hilo de agua, apenas lo suficientemente grande para albergar diminutos peces en pequeños charcos. Recordé otra vez la frase aquella de que *no es sequía, es saqueo*, cuando me informaron que se encontraba en esa deplorable condición por la construcción de una presa río arriba. He buscado a la responsable en el mapa, pero no he podido dar con ella.

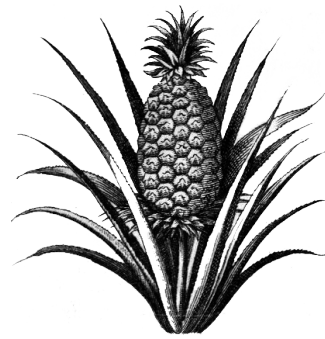
La plaza estaba vacía. Hacia la derecha continuaba el camino principal que me sacaba del pueblo. En la contraesquina había una puerta color negro abierta, quizás

aunque ya desde aquella vez empecé a notar, sin tener plena conciencia de ello, la ingente cantidad de motocicletas que hay en la región. En ese momento me pareció que se trataba de trabajadores del campo, que se mueven de esa forma en la zona y localidades aledañas. Como me dirán más adelante, son chamacos, veinteañeros, jugando a vivir al límite.

En aquella ocasión veníamos de San Juan Epatlán. Nos había tocado una que otra pendiente sabrosa antes del medio día. Alcanzamos una planicie y enfilamos por una recta flanqueada a ambos lados por infinidad de cultivos en campos abiertos. La mayoría no logré identificarlos, pero en algún punto me pareció ver lechugas, papayas, jícamas y cebollas. Y mucha gente trabajando, jornaleros, hombres y mujeres, bajo el furibundo rayo del sol de la Mixteca.

Subimos para entrar a la plaza. Nos detuvimos un momento afuera de una tienda y localizamos una frutería. Yo andaba a la caza de plátanos, pero ahí mismo descubrí que no hay fruta de mayor utilidad al cicloviajero que naranjas, mandarinas y en general cualquier cítrico, pero sobre todo las primeras.

El río también pasa por ahí; se trata de otra ruta que convendría explorar, pero en dirección norte, o a la inversa si se quiere. Aquella vez nos dirigíamos hacia el este: Tepexi, San Juan Raya, Zapotitlán y Tehuacán. Si se pedalea *para arriba* eventualmente se llega a la presa de Valsequillo, afuera de Puebla, y hay dos o tres pueblos en la región que prometen algún atractivo adicional: Chinantla, Atoyatempan, Tzicatlacoyan, Huehuetlán...



Ananas

II

Levanté la tienda y subí al pueblo a buscar al Inspector, máxima autoridad del lugar: tenía algo que contarle. El día anterior, luego de deambular por el pueblo y pedirle a él mismo autorización para instalarme y pasar la noche junto al río, aparecieron tres hombres sigilosamente a mis espaldas, una vez que había terminado de montar la tienda de campaña. Uno joven y dos mayores. El joven traía cubrebocas, uno de los mayores portaba un paliacate al estilo *Libro Vaquero* y el tercero se cubría la boca con la mano, a manera de protección: segundo año de pandemia y a punto de iniciar el tercero. Venían a pedirme que recogiera mis cosas y saliera del pueblo.

Había bajado a instalar la tienda en una amplia playa que se formaba a la derecha del río. El Inspector me dijo: póngase donde más le guste, puede ser en la explanada de la iglesia o en la cancha. Le dije que si no había problema acamparía junto al río. Sin problema, donde quiera, reiteró. Es más, dijo, al rato vamos a tener un desfile navideño, está cordialmente invitado. Vaya, pues muchas gracias, qué agradable coincidencia el haber llegado a tiempo al festejo. Antes de esto me detuve un momento junto en la explanada de la iglesia. Un señor de sombrero texano haciendo labores de limpieza me preguntó para dónde iba. Le dije que venía de Chiautla y seguiría hacia Chila, Tulcingo, etcétera. Respondió: Al rato van a venir unos chileños —de Chila—, por ahí se puede ir con ellos. Ah vaya, muchas gracias también. Mientras uno me invitaba al festejo del pueblo, otro amablemente me mostraba por dónde quedaba la salida.

Ya con la autorización del Inspector bajé sin temor al río. Más tarde pensaré que la decisión de poner la tienda ahí no fue la mejor. En época de lluvias no lo recomendaría; la crecida inesperada de un solo afluente y adiós mundo cruel, ya no digamos de ambos. Era improbable que ocurriera algo así, pero en este país todo puede pasar. De cualquier forma, tampoco lo pensé en ese momento, así que bajé por una pendiente de arena que se abría frente a la iglesia y, ya al nivel del cauce, caminé en dirección al puente. Algunas casas tenían vista al río. Me pregunté por qué no le sacarían provecho al lugar, pero sus razones tendrán. Quedé frente a ellas, a una distancia prudente. Pero desde allá arriba se veía todo.

Comencé a desmontar la bici, a levantar la tienda y a distribuir las cosas para descansar. Era obvio que tenía más de una mirada encima. Tal vez la gente de alguna de las casas se quejó de que estuviera ahí. En el ir y venir de la bici a la tienda escuché primero a dos mujeres adolescentes intentando llamar mi atención con risas estruendosas desde la azotea de una casa. Se tomaban *selfies* con la puesta del sol como telón de fondo. En otra casa, un par de perros lanudos enanos ladraban



[2. ¡Good morning, amigo!]

Vivo con lo que tracé ayer
no sé si mi vida inició al nacer
vivo lo que veo este día
y lo que he visto siempre

Norma F. Roffe

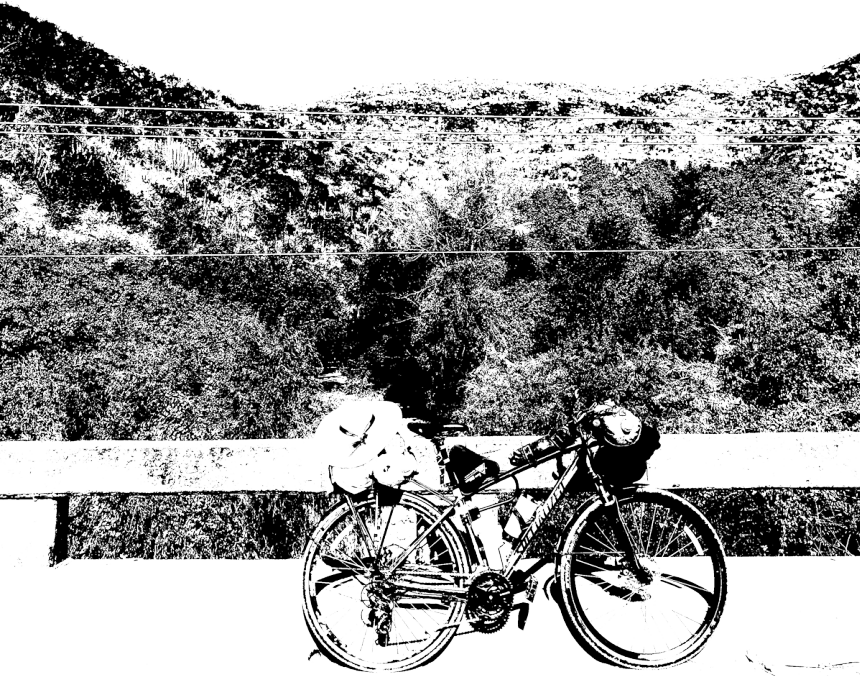
I

22 de diciembre.

Amaneció. Bajé el cierre de la tienda y asomé la cabeza. La luz de la aurora se abría paso ante la oscuridad. Sobre el contorno de la montaña, una pequeña estrella blanca se difuminaba poco a poco conforme avanzaban los rayos del sol. Agarré el celular y tomé un par de fotos. Resaltaba la silueta de las montañas contra el cielo resplandeciente y unos pequeños manchones blancos apenas la tocaban. Buen descanso. Por segunda vez en el viaje dormí al aire libre y hasta ahora todo había resultado bien, aunque la tarde anterior me dieron un buen susto que debía registrar. Pero vamos por partes.

A mi derecha corría el río, heracliteanamente eterno. Hacia el poniente, es decir, hacia donde apuntaba mi cabeza recostado dentro de la tienda, estaba el puente, suspendido unos quince o veinte metros por encima del cauce. En ese punto ya es el río Balsas. Unos metros atrás el Atoyac sale por la izquierda y el Mixteco por la derecha, y se juntan ahí para formar el primero. Yo seguiría la cuenca de este último, cruzando el puente hacia el sur, pero me pregunto cómo serán los dominios del primero, río arriba.

Viendo en el mapa descubro que en algún punto el río alcanza el pueblo de Coatzingo. En un viaje anterior entré ahí en busca de agua y comida. Pueblo tranquilo,



una fonda, o una tienda, o el centro de salud, o alguna oficina del gobierno local en horario no laborable, donde con suerte se encontraba alguien atendiendo.

Había recargado la bici en el escalón de entrada a una colorida casa. En la fachada se alcanzaba a leer, junto a la puerta, un pequeño letrero de bienvenida con el nombre de los propietarios del lugar:

**La casa
de Don Pablo
y Tía Lita**

Le tomé una foto.

No moría de hambre, pero debía comer algo, así que continué a ver qué encontraba por ahí.

En la esquina siguiente, sentado en una pequeña barda de tabicón de una casa a medio construir, un hombre embrutecido por el alcohol de caña conversaba con los amigos imaginarios que se le fueron arrimado conforme le había ido bajando a la botella. Lo vi de reojo mientras pasaba frente a él para asegurarme de que no se le ocurriera ponerse a platicar conmigo. Seguí de largo.

Una cuadra después encontré una tienda. Una mujer morena, joven, atendía el lugar. Le pregunté si vendía comida preparada, un guisado o algo por el estilo. Me respondió que no, pero tenía jamón y pan Bimbo® para hacer sándwiches. Gracias, pero mejor no, pensé.

Afuera en la banqueta conversaban dos hombres, uno de mediana edad y el otro joven. Cuando me vieron, el mayor comenzó a interrogarme con las preguntas de rigor acerca de la bici y el viaje: de dónde viene, adónde va, por dónde llegó, qué tal el camino, de dónde es usted, viene cargando todas sus cosas ahí, a poco sí va tan lejos, etcétera.

Luego de intercambiar algunas palabras les dije que seguiría mi camino en busca de comida, pero el mayor me detuvo. Resultó ser el esposo de la mujer de la tienda, y el joven, su hijo. Me dijo que estaban a punto de comer y me invitó a quedarme con ellos.

Una señora mayor, quizás la abuela, salió de la casa junto a la tienda y se llevó al joven para que le ayudara a traer la comida: una olla de arroz y otra de frijoles que ella misma había preparado. El mayor aprovechó para traer de la tienda una Coca® familiar y una



lata de chiles en vinagre. Esperamos a que llegara la comida y pasamos todos a la casa.

En la mesa había dos señores mayores. El más joven parecía ser un invitado, junto con una señora que lo acompañaba. El mayor al parecer era el dueño de la casa, tío o abuelo, familiar de la señora que hizo la comida y de la mujer de la tienda.

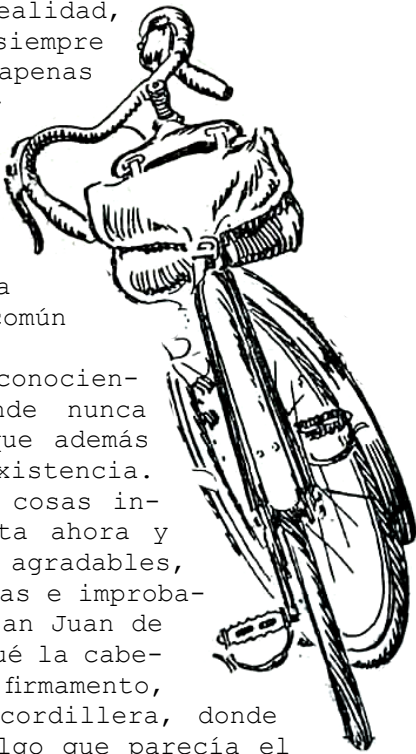
Tomó la palabra y habló un poco de la época en que vivió en Estados Unidos. Trabajaba en el cultivo de manzanas y otras cosas en varios estados, principalmente Washington y Oregón. Al final decidió volver a su tierra para pasar aquí sus últimos años.

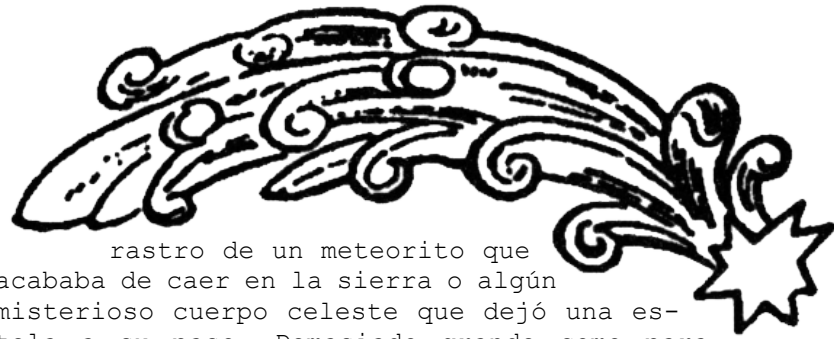
La casa tenía un patio grande con varios árboles frutales y pequeños cultivos. No era precisamente una finca, pero era grande y estaba bien ordenada.

La abuela arrimó unas tortillas enormes de maíz blanco.

Antes de empezar a comer agradecieron por los alimentos. Me pareció un acto muy auténtico, pero además le vi un sentido pleno a estar participando en él por todo lo que había venido encontrando en el camino, no sólo este día sino durante los que llevaba de viaje, que tampoco eran muchos pero ya me habían nutrido con una gran cantidad de experiencias. Estaba apenas en el cuarto día, pero sentía como si hubieran ocurrido demasiadas cosas en el trayecto y, quizá por eso, podía sentir que llevaba ya muchos días, quizá semanas, en la ruta, aunque con la conciencia de que no era realmente así; una percepción muy extraña del paso del tiempo y su correlato en la cantidad de cosas que habitualmente vemos, percibimos, experimentamos durante un cierto lapso: algunas horas, un día, varios días, semanas... En realidad, la cantidad de tiempo es siempre la misma, sólo que ahora, apenas en un breve instante, registraba una cantidad de lugares, momentos, paisajes y sensaciones tan amplia y diversa, que contrastaba radicalmente con lo que percibimos de manera habitual en el día a día, común y rutinario.

Por otro lado, estaba conociendo un lugar lejano, donde nunca antes había estado pero que además no tenía ni idea de su existencia. Había venido atestiguando cosas interesantes, curiosas, hasta ahora y para gran fortuna siempre agradables, algunas incluso maravillosas e improbables. Cuando amaneció en San Juan de los Ríos, por ejemplo, saqué la cabeza de la tienda y vi en el firmamento, sobre el contorno de la cordillera, donde ya se anunciaba el sol, algo que parecía el





rastró de un meteorito que acababa de caer en la sierra o algún misterioso cuerpo celeste que dejó una estela a su paso. Demasiado grande como para ser un cometa porque, según yo y mis avanzados conocimientos astronómicos, los cometas se ven como una estrella diminuta, con la diferencia adicional de la estela, y no es tan fácil captarlos a simple vista. Éste, por el contrario, se veía muy grande, así que era más probable que se tratara de una vil roca extraterrestre viniendo a parar a este triste planeta. Pero luego dudé, porque justo en esos días —esto lo había leído casualmente por ahí— estaba pasando cerca de la Tierra un cometa, el Leonard (C/2021 A1).[1] Así que todo era posible. Obviamente en ninguna de las fotos que tomé se ve maldita la cosa, así que sólo queda, como decía Henry Miller, creer que *efectivamente ocurrió* y que no seguía dormido ni me encontraba bajo los efectos de alguna sustancia psicotrópica.

Pero independientemente de sucesos extraordinarios como este, aún mantengo la impresión, que tuve en ese momento, de que todo cuanto había visto y conocido durante el viaje, algunas cosas más triviales, otras no tanto, encajaban unas con otras de manera perfecta. Y, visto de ese modo, todo cuanto hasta ese momento había ocurrido parecía un regalo único, sagrado, para mí, y como tal, digno de ser bendecido y recordado, y de expresar agradecimiento por haberlo recibido. Simplemente por eso: haber estado ahí y haberlo visto. Así que ahora, agradecer porque se tienen alimentos frente a uno sobre la mesa, justo cuando se tiene mucha hambre, y que esos alimentos te estén siendo también regalados, es lo menos que se puede hacer. Entonces agradecí con ellos, en silencio.

No tenía idea de la existencia de este lugar, pero en este momento estaba ahí. Imaginé una ruta específica en el mapa, que para mí tuvo algún sentido cuando la elegí, y pedaleé en esa dirección. Con el tiempo he aprendido que lo que se ve en el mapa jamás es lo que se ve en el lugar.

Aquí la sorpresa era que esto no había sido planeado. Me desvié del camino a Chiltepec lo suficiente como para dudar si deshacer lo andado era una buena idea, o me resultaba más conveniente llegar a La Providencia, comer ahí y seguir. Al final una familia me invitó a su mesa y poco faltó para que me dejaran pasar la noche en el patio de la casa. Ahora pensaba en llegar a un hotel en Guadalupe Santa Ana. La mujer me vio con cara de extrañeza cuando anuncié mis planes:

—En Guadalupe no hay ningún hotel —espetó.

Le dije que en el mapa aparecía uno, junto a una gasolinera. Tomó el teléfono y le escribió a alguien. Al poco rato le confirmaron:

—Ahí no hay nada.

Demonios. Tendría que pedir permiso en la Presidencia Municipal para acampar en la plaza o donde me dejaran.

El tío contó algunas historias de sus aventuras en el norte; luego yo les conté más o menos por dónde había venido, algunas cosas que había visto y por donde pensaba continuar.

Cuando iba por el quinto taco, el esposo aprovechó para sacar el ineludible tema de la inseguridad. En los últimos meses dos carteles habían estado disputándose la plaza y todos los días *tiraban* algún cuerpo en los alrededores. Maldita sea. Supongo que mi rostro palideció hasta volverse transparente al recibir tan gratas noticias, así que se apresuró a aclarar que *ahorita ya todo estaba tranquilo* y que *no había de qué preocuparse*. Vaya, menos mal —pensé—, porque si no *ahorita mismo* me regreso por donde vine.

—Son muchachos —añadió—, que no quieren trabajar; chamacos de veinte años o menos... Se les hace fácil meterse en eso y así terminan.

Les dije que a mí lo que de verdad me daba miedo era toparme con un toro suelto. Es broma pero si quieren no es broma, pensé. El tío se rio del chiste involuntario, hombre del campo al fin y al cabo. Pero tampoco tenía ganas de encontrar otro tipo de sorpresas en el camino. Lo que siempre digo es: uno sólo va de paso, no anda buscando problemas, y al final trato de ahuyentar los malos pensamientos recordando lo que decía mi abuelo:

El Diablo sabe a quién se le aparece.

Espero no estar en su lista de pendientes...

Luego de un buen rato de sobremesa me levanté decidido a agarrar camino y agradecí sinceramente a la familia su inmensa generosidad. Me habría gustado conversar un poco más con el tío y sacarle unas buenas historias de sus andanzas *al otro lado*.

Junto a La Providencia están primero Mixquitepec y luego Guadalupe Santa Ana. El señor de la tienda me había dicho que, para asegurarme de que iba en la dirección correcta, en el camino vería las ruinas de una antigua hacienda.



Con cada trago todo comienza a volverse liviano. Aquel maguey parece agitarse con el viento, como si fuera una palmera en Puerto Escondido. En realidad da la impresión de haber adquirido un movimiento ondulatorio. Estos *echinocactus* ahora brillan y aquellos *ferocactus* creo que ya se enojaron...

Mientras la mamá lava unos sensuales jitomates rojos y grandes, el niño me observa fijamente, con una sonrisa semejante a la del Gato Risón. Le echo un ojo a las bicis para asegurarme de que siguen estacionadas junto a mí y no han agarrado camino por su cuenta, y me pregunto... me pregunto... Como la vaca de Nietzsche, he olvidado ya lo que me preguntaba.

Muevo un pie contra el suelo y descubro un caracol fosilizado: turritelas. Los fósiles se encuentran así, a ras de suelo, ni siquiera hay que escarbar, saltan a borbotones.

—¿Qué es eso, un fósil? —se adelanta el niño—. No se lo puede llevar, démelo.

Se lo entrego antes de que me denuncie.

Evaluando la situación, calculamos varias horas más de pedaleo. La perspectiva de quedarnos aquí no resulta convincente.

Montamos las bicis y emprendemos la retirada. Valoramos la opción de parar en Zapotitlán pero, si se puede, intentaremos llegar a Tehuacán, a unos treinta o cuarenta kilómetros de distancia, bajada y subida.

De San Juan Raya nos saca un camino de terracería en descenso, así que el pedaleo, aún bajo los influjos del pulque, no es complicado. Sólo cuando se te pasa el efecto y comienza a pegarte la cruda puedes llegar a lamentarlo.

Atravesamos el cauce de un río seco un par de veces y luego trepamos hasta una planicie que finalmente nos avienta a la carretera. Antes de llegar al entronque Huajuapán-Tehuacán vemos un letrero anunciando huellas de dinosaurio, y más adelante, otro que señala el camino a Los Reyes Metzontla, un pueblo conocido por sus fantásticas artesanías de barro.

Con la última luz del día llegamos a Zapotitlán. Los destellos del atardecer bañan las colinas y laderas, abundantes de cactus, dándoles un aspecto vivaz e imponente. Todo es, al mismo tiempo, semidesértico y verde.

Podemos detenernos aquí: está el parque botánico Helia Bravo Hollis, donde es posible acampar. O podemos seguir, sin saber mucho del camino.

Pero se hace de noche, y es carretera.

Mejor detenerse. Y mañana seguir.

[publicado el 4 de mayo de 2020]

El cielo azul, que lo abarca todo, de vez en cuando nos regala un poco de sombra con el movimiento acelerado de nubes que parecen saltar de acá para allá, ahora dándonos un breve respiro y un instante después desapareciendo.

Llegamos a otro entronque: a la derecha está el Parque Ecoturístico de Turritelas; seguimos de frente y entramos a San Juan Raya.

A la distancia parece otro pueblo fantasma, pero no. Conforme avanzamos la gente va apareciendo y no es poca.

Unos pasos adelante se encuentra el Museo Comunitario Paleontológico. En el plan de viaje consideramos descansar ahí. Vamos a ver. Al menos dos lugares ofrecen el servicio de hospedaje y acampada. Preguntamos y nos mandan de regreso al Centro Ecoturístico.

La guía de turistas nos recibe recitando de memoria su letanía de paquetes. Entre los atractivos está el recorrido para conocer la Biznaga Gigante.

—Gracias por la información, pero vamos a ver —insisto.



Le echamos un ojo a las artesanías, pero en realidad lo que andamos buscando es un baño. Y comida, para no variar. Y una cerveza. Y pulque.

—¿El señor es su papá?

Risas incómodas.

—No, somos amigos.

—¿Quiere pulque?

La señora llama a un niño vivaz, de unos escasos diez años, que parece coordinar todas las operaciones a la entrada del Centro Ecoturístico.

—Yo quiero una cerveza.

—Allá en la tienda le venden —responde el niño despectivamente—. ¿Usted sí quiere pulque? Vamos, yo lo llevo, es aquí a la vuelta —pensé que iba a llevarme de la mano.

Como digo, el niño es un consumado guía de turistas. Podría ser el Ayudante Municipal si quisiera. Lo sabe todo y rápidamente nos atrapa con la promesa del pulque y otros mil atractivos que no aparecen en la guía turística pero que él conoce muy bien.



Su abuelo produce el pulque pero, nos dice el niño, ahorita no está.

Él ya sabe raspar, su abuelo le enseñó.

—¿Ustedes saben raspar? —pregunta.

—Yo nomás me lo tomo.

—A mí no me gusta el pulque —se queja el otro.

—Es aquí a la vuelta —nos guía el niño.

Una mujer joven —y guapa— nos observa vigilante desde la ventana de una casa frente al barracón de madera donde están los toneles repletos, el fogón y un lavadero. Suponemos que es la madre del niño.

Éste nos cuenta el origen del museo y del Centro Ecoturístico: hubo un tiempo en que la gente vivía de venderle cactus y fósiles a los oportunistas de siempre: saqueadores. A los lugareños que andaban en eso los agarró la autoridad y se los llevó a la cárcel. Para rescatarlos tuvieron que pagar una costosa fianza. Hubo que buscar recursos. Entonces los pobladores se organizaron y crearon el museo y el Centro Ecoturístico, que ahora le sirven al pueblo para atraer turistas y obtener ingresos, y para cuidar lo único que tienen: esta área natural protegida.

—Por eso está prohibido llevarse los fósiles. Y los cactus.

Mientras nos cuenta todo esto, me sirve un tarro y me da una cátedra de raspador: si raspas antes, sale amargo; si raspas después, sale flaco; si raspas por arriba y sin pedir permiso, se te amarga; si raspas en Luna llena... A su corta edad conoce todos los secretos de las pencas. Y mil cosas más. Aparece la mamá.

—¿No quiere sentarse, señor? —me ofrece amablemente un banco de madera.

“Con usted al fin del mundo si quiere”, pienso, pero sólo le doy las gracias, esperando que mi semblante no trasluzca mis auténticos pensamientos retorcidos.

—Muchas gracias, señorita —tomo asiento.

Casi todos estos pueblos, añadió, se fundaron junto a un río por la aridez de la región. Y efectivamente, saliendo del pueblo se puede ver la puerta de una hacienda derruida.

Llegué a Guadalupe. Me acerqué a la Presidencia para pedir permiso de acampar, en la explanada o donde me lo permitieran. En esos momentos, la presidenta municipal



estaba agasajando a sus empleados con una comida de fin de año. Mientras yo pasaba, todo sudado y lleno de tierra, frente al banquete, la dignataria les daba un motivador discurso navideño.

Una mujer policía que me sacaba como quince centímetros de diferencia, con un rifle automático colgando al hombro, hacía guardia afuera del cuartel. En sus manos, el arma parecía de juguete. Me dirigí a ella, presentándome y preguntando si me autorizaban acampar en la plaza. Me dijo que esperara y fue por el comandante.

Apareció un hombre joven, moreno, bajito, correoso, de rasgos indígenas marcados, ejemplar típico de la Mixteca. Me vio de arriba abajo y preguntó, con cara de pocos amigos:

—¿Qué desea?

Le solté el discurso, ya ensayado, de que andaba viajando en bici por la región, buscaba dónde pasar la noche y le pedía permiso para poner mi tienda por ahí en algún rincón. Olvidándose por un momento de su papel de policía rudo, me preguntó con sorpresa cambiando de tono:

—¿A poco viene viajando en bici?, ¿desde dónde? —mientras veía con incredulidad la bici cargada.

—Morelos —le respondí.

Sonrió y volteó a ver a sus subalternos como diciendo: ¡Queubo!

Para darle formalidad al asunto me pidió una identificación. Le di la credencial del trabajo y en ese momento recordé que la vigencia había caducado un par de años atrás. Confié en que pasara por alto el insignificante detalle y no ordenara detenerme.

Se metió a la comandancia y luego de un rato volvió y señaló una pequeña explanada en el zócalo, justo enfrente:

—Te pones ahí donde pueda verte —ordenó, volviendo a su papel rudo de comandante—, pero te esperas hasta las siete a que termine la comida.

«Lo que usted mande, mi general», pensé.

—Mientras —añadió—, puedes ir a conocer el pueblo, ahorita la iglesia está bonita, bien adornada.

Le dije que me sentaría por ahí a comer algo de fruta porque venía cansado, pero seguro luego iría a verla. Cuando me retiraba, la alcaldesa envió a uno de sus asistentes a ofrecirme un plato de comida. Tomé sólo un poco de refresco, esperando que no se ofendiera, pero la verdad venía del pueblo anterior a reventar de arroz, frijoles y tortillas del tamaño de mi sombrero.

Encontré sombra bajo un árbol afuera de la Biblioteca Municipal. Justo enfrente estaba la Casa de la Cultura, pero tenía aspecto de que nadie pasaba por ahí muy seguido. Mientras remataba las mandarinas que había venido cargando desde Tulcingo, donde las compré un día antes, apareció una procesión con flores y velas desfilando hacia el panteón, que estaba en la calle aledaña al palacio municipal. Quizás eran los rezos de alguna novena, porque no vi ningún ataúd encabezando el cortejo. Al pasar la multitud en señal de respeto me quité el sombrero, que traía puesto, si no mal recuerdo, desde Ilamacingo. La gente agradece esas cosas y más vale no dar motivo de quejas.

Se hacía tarde. La bibliotecaria bajó la cortina y cerró el negocio, siempre poco demandado y más en estos días de fin de año. La alcaldesa se despidió de sus empleados, subió a la enorme camioneta que su investidura reclama y se retiró rugiendo a su paso. Sólo quedaron los empleados trasnochadores que ya se organizaban para seguir la fiesta en otra parte. Me arrimé para hacerme notar y el comandante, al verme, me dio luz verde para instalarme.

Monté la tienda y amarré la bici a la base, para asegurarme de que, si intentaba andar sola, al menos me despertaría.



Como se sabe, es costumbre muy de pueblo mexicano eso de sacar a la novia de su casa vestida y alborotada y llevarla hasta el altar a tamborazos. Hay evidencia etnográfica. Pero, ¿casarse un 28 de diciembre? Esperemos que nadie salga con aquello de la *inocente palomita*...

Aunque traemos la alforja llena de tamales husmeamos en busca de comida.

En el número ciento y cacho de la Calle Sur, la Señora Ramírez y familia nos sirven chicharrón con chile y nopales. Afuera, el sol cae como si fuera el Día del Juicio. No me queda claro si me hace sudar copiosamente el diabólico caldito a base de chile guajillo o este calor apocalíptico de medio día. Lo que sí queda claro es que en estos momentos sudo más estando inmóvil que pedaleando.

Bueno, barriga llena y a seguir: es bajada y eso ayuda al desempance.

Llegamos a San Martín. Hay que rodear un poco y seguir de largo.

Ya con el pueblo a nuestras espaldas, en el horizonte aparecen las heridas de un camino agreste surcando las montañas. Es como la escalera al infierno/paraíso en lenguaje ciclista. Imploramos al dios Mazatl que nos lleve por algo más planito, y como nuestro dios sí nos quiere, nos regala un destino menos tormentoso. Expiaremos nuestros pecados en otra ocasión.

Vamos entrando a la reserva de la biosfera. Está prohibidísimo *extraer y retirar la flora, la fauna y plantas medicinales*. Los señalamientos lo advierten cada tanto a ambos lados del camino.

Paramos un minuto en el entronque a San Nicolás. En la entrada hay un arco de flores que le da la bienvenida a propios y extraños.

Pueblo fantasma.

En la ventana de una casa cuelga un letrero de lámina despintado:

SE VENDE PULQUE

Pero no como en las películas, agitado por una polvareda de *western* à la *Clint Eastwood*. Aquí el aire



caliente parece inmóvil, estancado, como en una olla de agua hirviendo sobre el fogón.

Se antoja una jarrita de la bebida de Tochtli, pero pedalear así... mmm, no lo sé.

Unos metros adelante nos topamos con la tienda del pueblo. Afuera, dos dignatarios locales matan el tiempo y el calor con una cerveza bien fría. Unos pasos adelante, una viejecita de edad indescifrable, con la jícara de pulque en la mano, nos saluda muy sonriente.

Eso te hace el pulque: sonreír. O ser feliz. O ambos. Lo bebes y te agarra el Payaso. Pienso que don Cuco Sánchez se empinó dos o tres jarras y luego le hablaron los conejos, los montes y los valles, las piedras del campo platicadoras.

—Esa cosa es alucinógena —advierto—. Dale unos tragos y verás cómo te empiezan a saludar los cactus.

—Pues órale, vas —me la devuelven.

Mejor esperaré un poco.

El camino a San Juan es una vereda recta, en medio de un extenso valle desértico, ondulante, que sube y baja suavemente como si fuera el oleaje de un océano tranquilo y siniestro, al estilo Tarkovsky. Aparece atrás de nosotros una camioneta polvorienta y silenciosa, cargada con la familia completa y el perro, que pide paso para continuar hacia algún lugar próximo. A lo mejor van a la boda, pienso, o aquí nomás a dar la vuelta, o quizás ya de regreso a casa, quién sabe.

A su paso deja una nube de polvo que nos obliga a parar un momento. Nos orillamos y alzamos la mano en amistoso saludo. El intercambio de insultos entre ciclistas y automovilistas es patrimonio de la ciudad. Aquí hay otra cosa.

Pedaleamos despacio, soportando estoicamente el embate del sol, incluso disfrutándolo. A menos que uno se vaya de boca contra una biznaga, difícilmente caerá, así que mejor me quito el casco y me cubro la cabeza con el famoso sombrero calentano.

Observamos las rocas de formas extrañas y los cactus, que primero son escasos pero poco a poco comienzan a proliferar en número y especie y a volverse una presencia abrumadora que se extiende hasta donde alcanza la mirada. Ésta es su casa, nosotros somos los intrusos.



Por alguna razón pienso que nos dirigimos hacia el norte. Falso: vamos en dirección sureste, escalando hacia una especie de altiplano. ¿Altiplano? Pues algo así. Eventualmente llegaremos a un punto lo bastante elevado como para asemejarse a algo como el desierto potosino: zona árida, altas temperaturas, cactáceas, huellas de dinosaurios, fósiles, ovnis, alienígenas, alucinógenos... ¿O estaremos bajando? A ver: Izúcar de Matamoros está a 1,200 msnm, Tepexi a 1,700... Confirмо: hemos venido subiendo. O sea que ir hacia el sur no es ir de bajada, ¿ok?

Salimos, pues, de Tepexi y tomamos una recta de esas interminables. Nuestra primera parada será San Mateo Zoyamazalco, lugar de la palma y el venado. En el camino pasaremos por Cuatro Rayas, San Juan Ixcaquixtla...

—¿Adónde van? —pregunta el dependiente de una tienda.

—A San Juan.

—¿San Juan Ixcaquixtla?

—No, San Juan Raya.

—Ahhh, no conozco, ¿y eso dónde es?

—Mmm... para allá —señalo hacia un imaginario punto en el horizonte.

Pasaremos, digo, por el citado San Mateo, San Martín Atexcal y San Nicolás Tepoxtitlán, llegaremos a San Juan Raya y, por último, Zapotitlán Salinas. En realidad, como ya dije, tendríamos que pedalear hasta Tehuacán; pero el día no alcanzará, o alcanzaría pero, sin conocer, preferimos no arriesgarnos. Mejor parar en puerto seguro. Descansar. Continuar al otro día.

Los primeros tres pueblos los pasamos de largo sin dejar de pedalear. En Ixcaquixtla agarramos un atajo hacia Zoyamazalco, una vereda que atraviesa un valle repleto de agaves. Deben tener buenos aguardientes en la región.

Ya en San Mateo llegamos a tiempo para la boda. Al entrar al pueblo vemos que la iglesia está vestida de gala, lista para el casorio.

Vamos hasta el zócalo y nos detenemos frente a la Ayudantía. Foto para el insta.

Se escucha una banda de viento acercándose. Ahí está, al doblar la esquina, y pasa de largo rumbo a la iglesia.



Ya entrada la noche, al otro lado de la plaza se oía música a todo volumen, que rivalizaba en intensidad con los rezos de la víspera de Navidad que emanaban con fervor de alguna casa cercana. Cada tanto alguna camioneta de buen calado, también con música estruendosa, le daba la vuelta al zócalo. Los agentes del orden ni se inmutaban. También iban y venían motocicletas estridentes, seguramente los chamacos de los que me habían hablado antes. Mientras no pasen a rafaguear, todo bien, pensé.

Había mucho viento y la temperatura comenzó a caer peligrosamente. Iba a ser una noche larga. Y también incómoda: el colchón inflable ya no respondía como el primer día y la plancha de cemento estaba fría y dura. Y para colmo empezaba a sentir hambre otra vez. Salí de la tienda a echar un ojo alrededor de la plaza. Al otro lado se alcanzaba a ver un taciturno puesto de tacos sin mucha actividad. Me arriesgué a dejar la tienda y la bici solas por un momento.

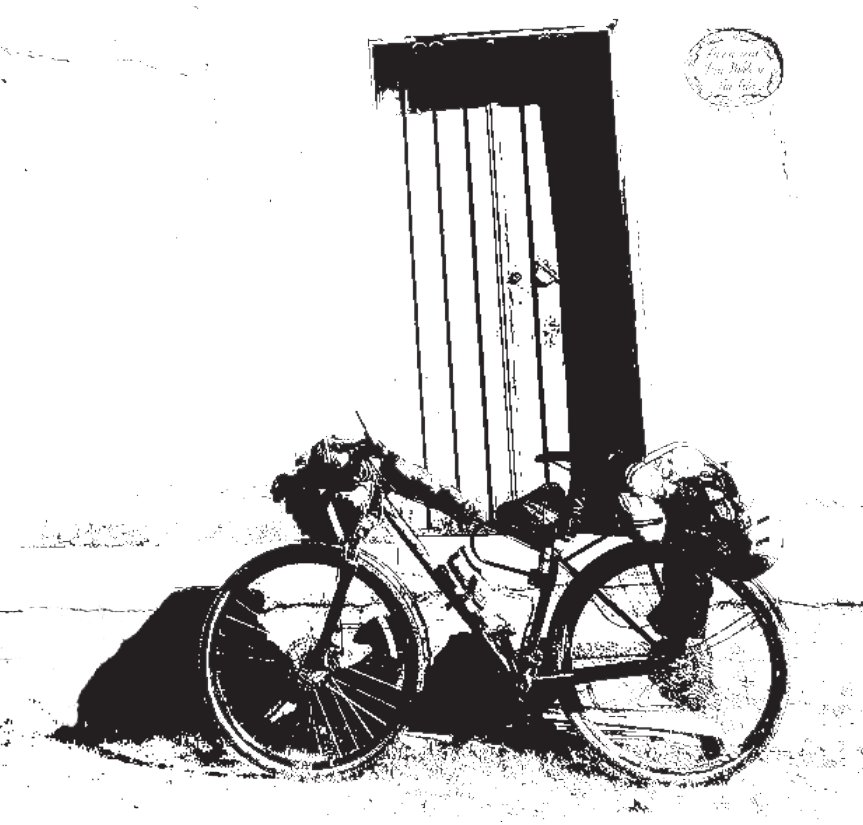
Volví al poco rato con la barriga llena. Más tarde les llegó la cena a los agentes del orden y desde su puesto de vigilancia me invitaron a acercarme por un taco. Agradecí la oferta y me refugié en la tienda inmediatamente.

La actividad nocturna siguió hasta la madrugada, cuando pude conciliar el sueño. Todo indicaba que el día siguiente sería largo y cansado.

Notas

[1] Secihti, "El cometa Leonard y su paso por Venus", *Ciencia Universal*, <https://secihti.mx/el-cometa-leonard-y-su-paso-por-venus/>

[publicado de 15 de septiembre de 2022]



[7. El Viacrucis]

No me asustan
los desvíos, los puentes,
sólo quiero seguir
acercándome...

Soda Stereo

I. Primera parada

En Semana Santa, el Movimiento Biciclero de Cuernavaca (MBC) organizó una rodada cicloviajera a la que denominó Viacrucis Biciclero. Decidí unirme por el interés que se ha ido despertando en mí de realizar un viaje de largo aliento, a cualquier parte del país e incluso fuera. Así que acudí a la cita el jueves 29 de marzo, en el Palacio de Cortés, punto de arranque o conclusión de toda historia posible.

Al principio me sentí un poco decepcionado porque, al encontrar a los contertulios de la rodada, me percaté de que la mayoría venía con poco equipaje. Esto me sorprendió, pues yo pensaba que para un viaje de cuatro días hacía falta algo más que una simple mochilita de agua. Pero ya estaba ahí, y ni modo que me regresara a mi casa a dejar lo que ahora parecía una sobrecarga de equipaje; además, para mí toda aquella carga parecía indispensable, así que siempre era posible que ellos estuvieran mal equipados, no que yo estuviera proveído en exceso. En cualquier caso la decepción pasó pronto.

Como el viaje tuvo distintos puntos de salida, se dividió en varias etapas. La primera fue el arranque, del centro de Cuernavaca a Tlaltizapán.

Bajamos al Polvorín y tomamos la pista. Yo nunca había salido con dos alforjas repletas y bolsa de dormir, así que la *Crítica de la Razón Pura* —así se llama mi amada Serfas[+], en adelante *CRPu*— se sentía bastante pesada y un poco más difícil de maniobrar que de costumbre, pero parecía dispuesta a aguantar lo que se le pidiera.



El descenso por la pista hasta la salida a Chiconcuac estuvo muy bien. La *CRPu* iba lenta pero con paso firme. Al tomar la desviación al aeropuerto en dirección oriente, hacia un lugar que en el mapa aparece como Lomas del Manantial, hay un pequeño ascenso insignificante pero que, con carga en la bici, puede hacerle ver a uno lo que le espera más adelante.

Llegamos al crucero y bajamos por la carretera Tejalpa-Zacatepec hacia Chiconcuac. Pasamos Los Laureles, Santa Rosa 30 y en el crucero de Plan de Ayala giramos hacia la izquierda, por la carretera Galeana-Cuautla, rumbo a Tlaltizapán, hasta llegar al cuartel del Ejército Libertador del Sur a pasar lista.

Foto y toda la cosa. Luego fuimos al zócalo a buscar unas quesadillas y tlacoyos de chales, requesón y papa.

Antes de Tlaltizapán se nos unió un compa que venía en una bici híbrida y que sufrió terriblemente el camino de terracería que tomábamos más adelante. Ya en el pueblo se juntó un ciclista más. De Cuernavaca salimos Tuning Bike y Lizette Zoraida, ambos guías; la Dra. Nelly Furtado —el apellido es invención mía—; Reynaldo Arenas, visitante proveniente de la Barranca del Muerto —también invención mía el segundo nombre—; Armando, el ciclista de la novatada, y yo, igual novato pero curtido en la Subida a Chalma.

Luego de los tlacoyos volvimos al camino. Salimos de Tlaltizapán por la mencionada ruta de terracería, conocida en sus inicios como el Paseo del Campesino, que desemboca en Los Dormidos, una ranchería muy pobre, de unas cuantas casas, que ni siquiera aparece en el mapa y donde no tienen una gota de agua pero sí Jarritos® y Coca-Cola®, así como un salón del Conafe donde, sospecho, hace mucho que nadie se para. Luego, uno va a dar al pueblo soleado y silencioso de Lorenzo Vázquez.



[3. La biznaga gigante]

Háblenme montes y valles,
Grítenme piedras del campo...

Cuco Sánchez

28 de diciembre, Tepexi de Rodríguez.

Hoy nuestro destino es Tehuacán, o San Juan Raya, o hasta donde alcance.

Salimos temprano del balneario-escuela de futbol de Tepexi, donde acampamos la noche anterior.

En el centro, junto al mercado, encontramos un carrito de atole y tamales. En realidad hay uno en cada esquina.

Pedimos torta de tamal y unos de dulce y de verde, la primera para ese momento y los otros *para después*: más vale comenzar el día con la barriga llena y tener algo para ir echándole cada tanto sin que haya carencia.

El tamalero traía entre sus curiosidades una bebida de textura opaca.

—¿Eso qué es?

—Atole de maíz azul.

—A ver, deme uno.

Increíble: nunca vi algo parecido.

La moraleja de este lugar es esta: para entrar hay que escalar una subida infernal, y para salir, también. Entonces debemos trepar primero hacia el libramiento, que nos conecta con la carretera a Acatlán de Osorio; tengo la impresión de que es la misma ruta por donde veníamos ayer desde El Rosario Xochitopan, pero creo que estoy un poco desorientado.



de piedra que marca el límite entre dos pueblos. El camino se conecta con la antigua línea del ferrocarril, una vía verde que bordea Ahuatepec, se adentra en el bosque hacia San Juan Tlacotenco y remonta la Sierra del Chichinautzin hasta Coajomulco, Tres Marías y Fierro del Toro, a tres mil metros sobre el nivel del mar.

En Chamilpa debo atravesar un pequeño túnel debajo de la autopista. Una vez más hay que esquivar una sempiterna fila de autos ansiosos por llegar primero. El lugar me hace pensar en aquel reclamo de que “las calles son para los carros”. En realidad, éste era el antiguo camino a Santa María Ahuacatitlán y Huitzilac, por donde subían y bajaban los arrieros y sus mulas, mucho tiempo antes de que los autos hubieran sido siquiera imaginados. Entonces, ¿de quién son las calles en realidad?

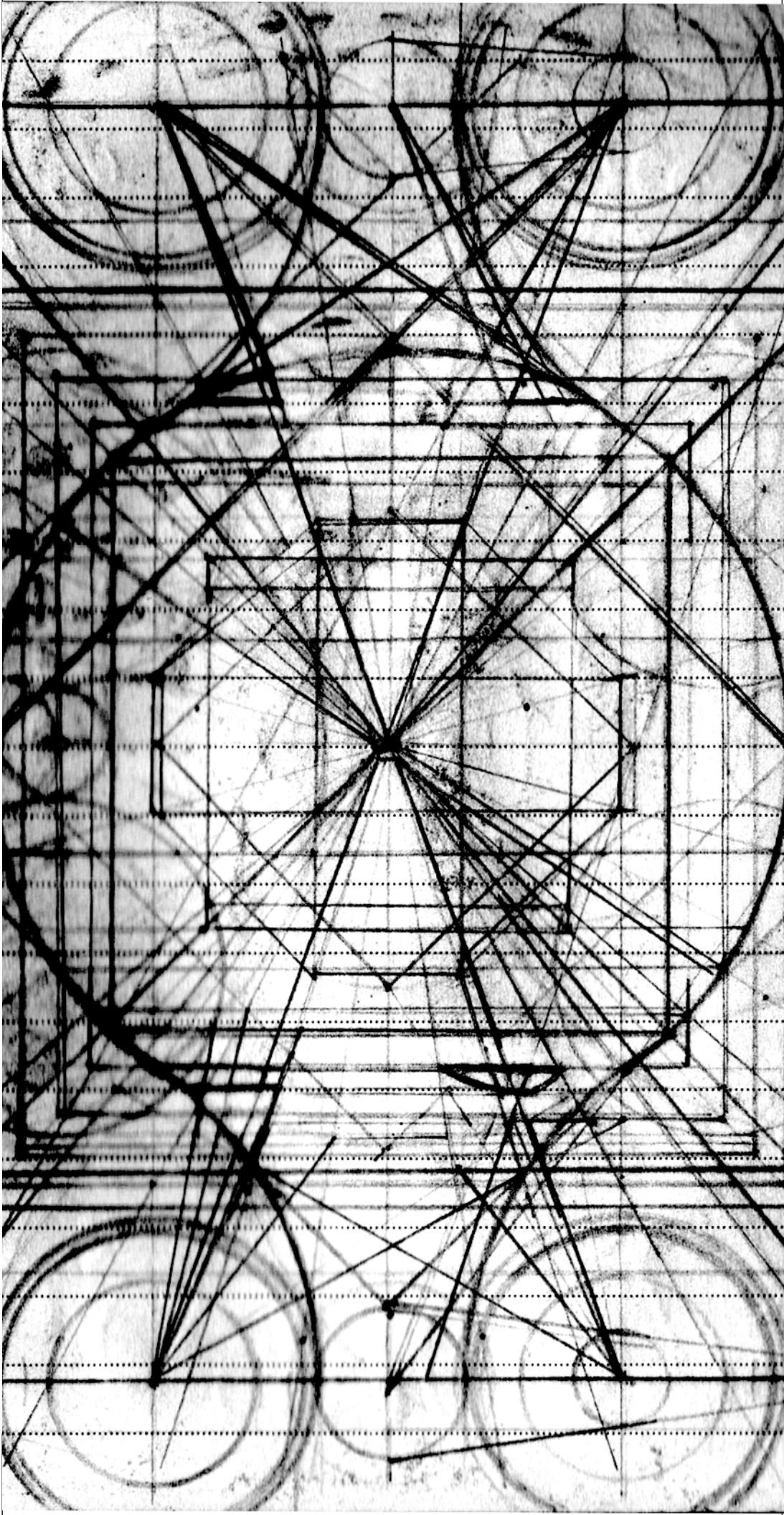
El último jalón me lleva a la universidad, luego de un recorrido de casi nueve kilómetros, que se hacen en 45 minutos, a una velocidad promedio de 11 km/h, con 390 metros de desnivel positivo. Se comienza a 1,540 msnm y se termina a 1,930.

La vuelta es puro descenso.

Notas

- [1] Malcolm Lowry, *Bajo el volcán*, Origen/Planeta, 1985, p. 25.
- [2] Clara Grilo et al., Global Roadkill Data: a dataset on terrestrial vertebrate mortality caused by collision with vehicles. *Scientific Data*, 12, 505 (2025). <https://doi.org/10.1038/s41597-024-04207-x>
- [3] El Túnel, <https://www.facebook.com/watch/?v=2038824176428938>
- [4] Lowry, *idem*.
- [5] Un ciclista fue atropellado en la avenida Miguel Hidalgo del poblado de Ocotepec de #Cuernavaca, *Diario de Morelos*, 20 de marzo de 2025, <https://www.facebook.com/share/v/19U45TkZL4/>
- [6] Nick Moore, *Mindfulness para ciclistas. Buscando la armonía sobre dos ruedas*, Librero, 2019; Juan Carlos Kreimer, *Bici Zen. Ciclismo urbano como meditación*, Kairos, 2016.

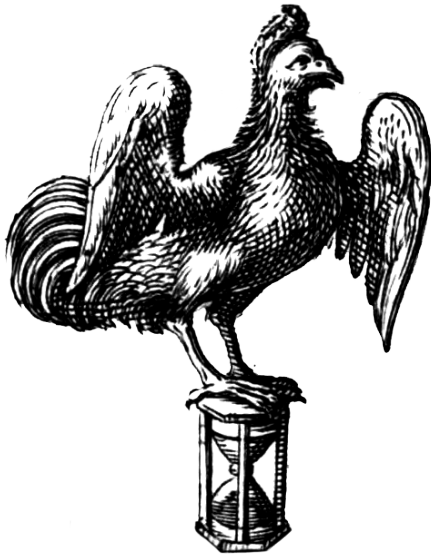
* Escrito para el taller Pedaléalee, letras en bicicleta



Para entrar ahí viniendo de Los Dormidos hay que mojar-se los pies en un tramo no muy profundo del río Cuautla.

Este camino atraviesa el rombo semidespoblado que se forma entre los cuatro vértices de Temilpa Viejo, Jojutla de Juárez, Chinameca y Valle de Vázquez. Lo divide una sierra majestuosa cuyo nombre desconozco, la cual flanquea vigilante el Paseo del Campesino. Hay aquí una gran cantidad de ganado vacuno, todo un espectáculo para el citadino acostumbrado a sólo ver carros y más carros.

Un paraíso de treinta grados para arriba en esta temporada, bañado de sol y hundido en un silencio abrumador que sólo se rompe con el mugir de las vacas y el paso esporádico de algún ganadero en su camioneta.



II. San Jacinto de Ixtoluca

Fuimos llegando a eso de las dieciséis horas a la Ex Hacienda de San Jacinto de Ixtoluca, luego de salir de Lorenzo Vázquez y subir por un breve tramo carretero en reparación. Antes de entrar ahí se despidieron la Dra. y los dos de Tlaltizapán. Ellos regresarían hasta este último municipio y de ahí a sus casas. Les esperaba un recorrido igual o más intenso que el de ida porque, como diría Ricardo Arjona:

El problema no es ir, el problema es regresar.

Quienes seguiríamos el viaje entramos agotados pero muy contentos a Ixtoluca para inspeccionar el lugar y acomodarnos para pasar ahí la noche. En la explanada se encontraban el vigilante del balneario, que acarreaba cervezas cada tanto a unos comensales con los que mataba el tiempo; unas gallinas aparentemente inofensivas que picoteaban el pasto ante la mirada vigilante de un gallo, así como tres miembros de la *vieja guardia* del MBC que habían llegado por su cuenta y que apenas nos saludaron –supongo que así se acostumbraba en sus tiempos–. Traían bonitas bicis, eso sí.

Los recién llegados desempacamos y nos dispusimos a recibir los sagrados alimentos: sándwiches de atún, algo de fruta mallugada y refrescos calientes. Unos minutos después de haber descargado las bicis llegó Reynaldo, el de la Barranca del Muerto, quien hizo el viaje a destiempo en el Pullman hasta Jojutla y de ahí remontó hasta Ixtoluca pedaleando por la carretera Jojutla-Chinameca. En eso estábamos, espulgándonos y quitándonos la mugre de encima, cuando apareció un personaje local, de nombre Uriel, célebre ciclista de La Mezquitera que nos dio la bienvenida como si fuéramos embajadores de la ONU en bici y nos ofreció su humilde casa, con la amabilidad característica de la gente del lugar, para ir a tomar un refrigerio. Sólo que primero tenía que ir a cerciorarse de que ya estuviera lista la cena.

Mientras tanto, le dimos la vuelta a la Ex Hacienda, fuimos a tomar fotos de los increíbles amates que escalan los ruinosos muros del lugar, algunos bajaron al río y, finalmente, nos sentamos a esperar el llamado de Uriel. Acudimos complacidos a cenar a su casa como sólo se puede cenar en un pueblo como este: frijoles, tortillas hechas a mano, salsa para matar de amor a cualquiera, ayocotes, queso con chile, agua de horchata... Nadie querrá irse jamás de un lugar así. Su familia, tan amable como él, nos ofreció incluso el patio de su casa para pasar ahí la noche.



[4. A la vuelta de la esquina]

I must become a warrior of self-consciousness and move my body to move my mind to move the words to move my mouth to spin the spur of the moment.

Gary Hill, *Site Recite* (a prologue)

A Xitlali Girón

6:00 am.

La primera luz del día y el sonido de una ligera llovizna traspasan la ventana.

Tomo un poco de café y me pongo el rompevientos, el casco y los guantes; salgo a la calle y empiezo a pedalear.

A esta hora afuera ya está saturado de autos, que se arrastran como un cortejo fúnebre, soñolientos, con luces mortecinas.

Frente a una primaria se amontonan cantidades industriales de adolescentes. Baján apurados de autos hechos nudo, atascados, furiosos, que se mueven como carritos chocones de feria.

Aquí empieza la subida. En esta ciudad, como dijo Malcolm Lowry, por doquier que se mire está

aguardando el abismo a la vuelta de la esquina.[1]

Para quienes andamos en bici eso significa que, por doquier que se mire, siempre habrá alguna pendiente diabólica por remontar.

Esquivo carros y peatones y sigo por una calle paralela a la barranca del Salto, flanqueada por ahuehuetes y eucaliptos gigantes.

El camino, aún sombrío y gélido, se ilumina con el parpadeo de la luz delantera.

Voy oteando a los transeúntes apilados en banquetas mal construidas, que se lanzan al arroyo cada tanto buscando alcanzar el otro extremo de la calle sin morir en el intento.

Pero hay otros que no lo consiguen. De vez en cuando, cerca de algún puente, se me atraviesa el cadáver destripado de un cacomixtle o un tlacuache. Y pienso: "No se extinguen, los matamos": triste destino de



la fauna urbana, en un mundo de máquinas asesinas *con mucha prisa*. [2]

La avenida cambia de dirección: ahora el sol me da de frente, saliendo detrás de don Goyo, que ya está aventando al cielo el humo del primer porro del día.

Tengo que bajar y subir un columpio. Aprovecho el declive para alcanzar el semáforo en verde sin perder impulso. De lo contrario, tendré que eludir tres filas de autos en subida, anticiparme a ellos y al cambio de luces. Pedalear en la ciudad es una guerra sin cuartel.

En la loma de enfrente la calle serpentea, llena de baches, y desemboca en el Túnel. [3] Tal vez fue aquí donde Mr. Lowry,

ebrio [...] coherente, un tanto loco [...] bebido hasta la sobriedad [...], [se topó con] el espíritu del abismo, el dios de la tempestad. [4]

Me cuelo por otra maraña de autos en el crucero y tomo el rumbo de Jiquilpan, otra subida en un punto al que le llamo *la falla de Cuernavaca*, especie de muralla que deberá sortearse inevitablemente desde cualquier punto de la ciudad para ir hacia el norte.

Mantengo encendida la lámpara delantera, más para ser visto que para ver por dónde ruedo, aunque esto a veces sirva de poco para evitar que te atropellen. [5]

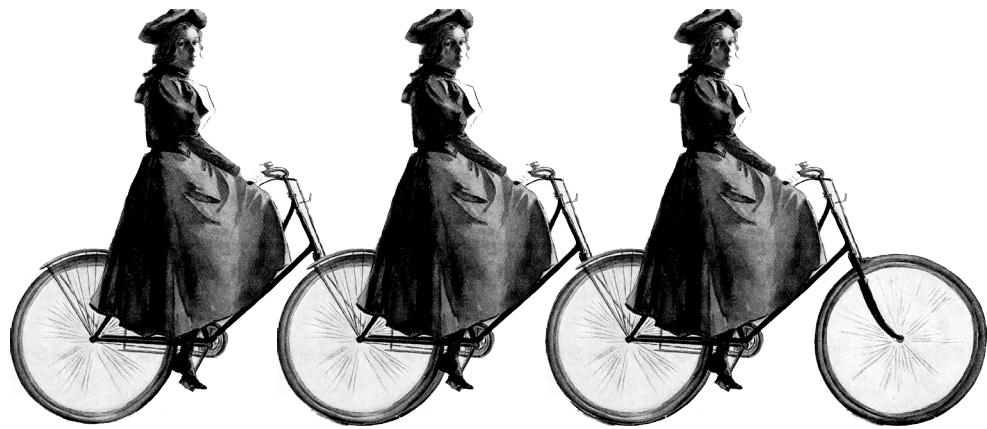
Un par de kilómetros arriba llego al puente sobre la barranca de Amanalco. Puedo seguir en dirección oriente zigzagueando por caminos secundarios o continuar hacia el norte entre carros que ya van tarde a su destino, autobuses que desbordan las calles, *rut*as que parecen salidas de una película de Mad Max® y otra fauna similar.

Prefiero siempre la primera opción, que me permite calmar el ritmo del pedaleo, hacer del trayecto no un trámite engorroso, sino una experiencia con presencia plena; practicar el zen; enfocarse en lo sutil; apagar el ruido circundante. [6]

Cerca del puente hay una vendedora de girasoles. Quiero pararme a comprarle, pero nunca encuentro la calma para hacerlo. Es difícil soltar el apremio de llegar puntual a mi destino. En todo caso, me parece mejor detenerme en un puesto de tamales, donde se ocultan auténticos manjares: un succulento atole de galleta, uno de piloncillo e incluso uno de guayaba.

Al otro lado del puente venden fruta, que sólo observo de reojo con el anhelo de cargarme una piña, una papaya o una penca de plátanos.

Subo por Ocotepec, otra pendiente para escapar del abismo lowriano. El declive se extiende hasta la cruz



semilla cuando el calor y el cansancio ya no se aguantan más, un regaderazo de agua fría al caer la noche luego de un largo día de pedaleo, la conversación de un niño que atiende la pulquería de su abuelo mientras entretiene a los cicloviajeros. Es cuando la pendiente resulta tan pronunciada que uno debe asumir que el ascenso será muy lento, que sólo se puede llegar a la cima pedaleando poco a poco, que fatalmente habrá que demorarse, por más que uno ya esté allá arriba sentado, desde hace una hora, esperando pacientemente.

Heidegger, citado en el epígrafe al inicio, hablaba de la necesidad de demorarse. Otro filósofo, contemporáneo encumbrado por el *marketing* editorial, Han Byung-Chul, retoma esa idea en el libro *El aroma del tiempo*:

La crisis actual no está menos vinculada a la absolutización de la *vita activa*. Ésta conduce a un imperativo del trabajo, que degrada a la persona a *animal laborans*. La *hiperkinesia* cotidiana arrebatada a la vida humana cualquier elemento contemplativo, cualquier capacidad para demorarse. Supone la pérdida del mundo y del tiempo [...] Es necesaria una revitalización de la *vita contemplativa*. [2]

Si la *hiperkinesia* y el imperativo del trabajo nos han traído la pérdida del tiempo y del mundo —y no deja de ser extraño que al ocio, a la vida contemplativa, se les acuse precisamente de ser *pérdida de tiempo*—, la bicicleta es una forma de recuperar ese mundo y ese tiempo perdido.

Volver a la vida contemplativa, aprender a demorarse, es, entonces, lo realmente importante de una experiencia como ésta en la bici: para poder recuperar el mundo y el tiempo perdido, habrá que recurrir a la *kinesis* —el movimiento de los pies, de las bielas, de la cadena, de platos y piñones, de las ruedas—, pero no a la *hiperkinesia* aludida, sino a un ritmo *otro*: bajar la velocidad, cambiar de ritmo.

Notas

[1] Heike Pirngruber, <https://www.instagram.com/p/BrK9Klalw-X/>

[2] Han Byung-Chul, *El aroma del tiempo*, Herder, 2015, pp. 10-11.

[publicado el 13 de junio de 2020]



Volvimos a Ixtoluca y luego de una última conversación nos ocultamos en nuestras tiendas de dormir.

A causa de la insolación, de la quemada de piel a pesar del bloqueador solar, del esfuerzo del pedaleo durante varias horas, del cansancio y hasta de la abundante cena, me resultaba imposible conciliar el sueño. Tenía intenciones de levantarme lo más temprano posible para presionar a los guías de volver rápido al camino, pero en estas condiciones era poco probable que ocurriera. De cualquier forma, más tardaría yo en conciliar el sueño que los gallos que merodeaban en el patio en comenzar a cantar religiosamente, a las 4 de la madrugada, junto a mi cabeza, justo al lado de la tienda.

III. El ángel exterminador de Ixtoluca

Una fuerza extraña nos impedía salir de la ex hacienda el segundo día. La noche en el patio hubiera sido muy agradable, de no ser porque las quemaduras en la piel a causa de la irritación por el sol hacían insostenible tener una camiseta encima y porque los gallos, que trabajan incansablemente los 365 días del año, me obligaron a madrugar.

Dispuesto a empacar rápido desde temprano, me levanté de golpe y deambulé como las gallinas de un lado a otro para acarrear leña, encender la fogata, hacer avena y café, cargar agua para lavar los trastes, bañarme, y empacar todo en las alforjas para emprender la huida en cuanto los guías dieran la orden. Pero éstos no daban señales de vida.

Cuando por fin lo hicieron eran entre las 8 y las 9 am. Se estiraban, rascaban y bostezaban, mientras iban soñolientos y despeinados de acá para allá buscando algo para su desayuno. El día anterior, al llegar, ocuparon a sus anchas un recuadro de cemento donde alguna vez hubo una palapa, quizás el comedor de un restaurante. Desde que comenzó el viaje habían tenido algunas dificultades con cámaras y llantas que de milagro llegaron hasta la ex hacienda. Cuando parecía que todo estaba resuelto para partir encontraban una nueva falla en las ruedas y empezaban de nuevo: desmontar la llanta, revisar la cámara, parcharla, inflarla, desinflarla...

Al principio no me di cuenta, pero luego descubrí que todo el tiempo permanecieron ahí dentro, como si una fuerza misteriosa les impidiera abandonar el cuadrante donde estaban sus tiendas de campaña. Teníamos que haber salido por lo menos hacía un par de horas, pero ellos seguían sin poder escapar de su buñuelesca habitación conyugal. Ya no me quedaba duda: algo raro ocurría.

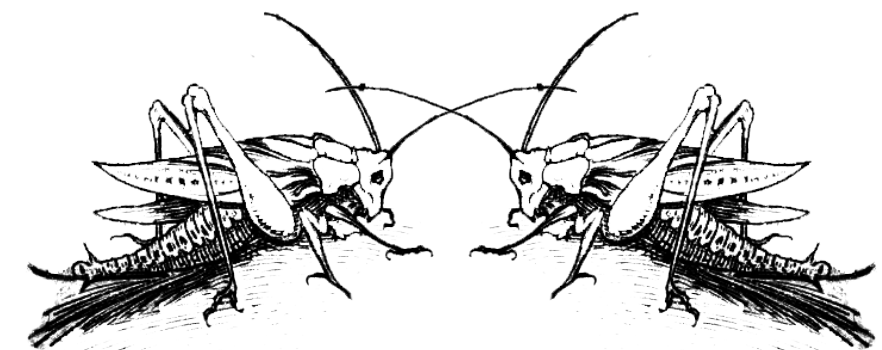
A eso de las 13 horas por fin salimos de la ex hacienda. Mi desesperación era tal que, conjugada con la irónica advertencia de que "lo bueno apenas venía", en referencia a la parte más pesada del viaje, comencé a ver con buenos ojos la idea de tomar otra dirección, hacia las zonas bajas: Jojutla y los balnearios de Tehuixtla y Tilzapotla. Ante una eventual desbandada, el guía tuvo que echar mano de sus habilidades retóricas para persuadirnos de continuar con la ruta programada. No recuerdo exactamente cuáles fueron sus argumentos, pero funcionó.

No contentos con la demora de más de medio día, bajamos a La Mezquitera para aprovisionarnos de Cocolas y Gatorades, en una tienda donde ya el día anterior habíamos comprado toda clase de comida chatarra. Por fin nos disponíamos a partir cuando descubrí que mi llanta trasera estaba más desinflada que mis ánimos a esas horas. Ya no me quedaba duda: algo extraño ocurría en ese lugar.

Me dolía la cabeza, me ardía la piel, ya me estaba dando hambre pero, sobre todo, comenzaba a ponerme realmente de malas toda esta demora absurda. Me ayudaron a cambiar rápido la cámara ponchada y nos enfilamos hacia Valle de Vázquez. Antes de entrar en la ruta el guía nos informó: "Esta es la Subida del Comal. Con este calor ahora van a enterarse por qué se llama así". Aquí fue donde empezó a tener sentido la idea de llamarle *Viacrucis Bicicletero* a esta aventura.

IV. La Cruz Pintada

Logramos remontar la Subida del Comal. Si uno sigue de frente en esa ruta, continuará en dirección a Chinameca. Nosotros bajamos hacia la derecha a Valle de Vázquez. Nos detuvimos unos momentos en la plaza. Compré algunas naranjas en la calle principal, frente al campo de fútbol, en la única tienda que estaba abierta. Mientras tanto, los guías fueron en busca de un mecánico de bicicletas que pudiera proveerlos, en Viernes Santo, de llantas y cámaras que resistieran lo que faltaba del viaje, pero sin mucho éxito.





Aguardamos bajo la sombra de un árbol, a un costado del Colegio de Bachilleres 01 y de la primaria. Ahí atestiguamos el desastre que provocó el sismo del 19 de septiembre.

Regresaron los guías y reanudamos el camino. Nos dirigíamos a Quilamula, un pequeño pueblo al norte de Huautla. Lo atraviesa un río, el Huautla, que desciende de El Limón, nutre la presa de la Cruz Pintada, baja hasta Huautla y, finalmente, se conecta con el Amacuzac en el último rincón de Morelos.

Paramos ahí. Compramos provisiones para la cena que haríamos en la presa, donde acamparíamos esa noche. A estas alturas el hambre era feroz, así que entramos en un modesto comedor donde nos sirvieron un delicioso caldo de langostino traído de la presa del pueblo, cecina y otros manjares que sólo se encuentran en el lugar.

Saciada el hambre, comenzamos a pedalear hacia nuestro destino final de ese día. Para salir de Quilamula en esa dirección hay que pedalear de subida. Lo hicimos con la barriga llena, ya un poco tarde por el retraso de varias horas por la mañana en Ixtoluca. En esta ruta sólo es necesario subir algunos kilómetros y, atravesando el cerro, comienza uno de los mejores descensos que se pueden experimentar en la bici teniendo ante la vista las cañadas infinitas de la Sierra de Huautla.

El descenso abrupto termina en el crucero de Ajuchitlán, donde se encuentra, a la izquierda, el camino hacia este pueblo; a la derecha, la subida hacia la Cruz Pintada, y de frente, el camino que lleva, primero a Huautla y luego a Xantiopan, adonde planeábamos concluir el viaje al día siguiente.

La subida a la Cruz Pintada tiene pocos kilómetros pero es un tramo demandante. Cuando empezábamos a pedalear apareció una patrulla de la Policía de Tlaquilteango, que había recibido horas antes una solicitud de la Comandancia General del MBC de acompañar la rodada, un poco para que tomaran nota de nuestra presencia y otro tanto para evitar sorpresas en un lugar casi inhóspito y remoto, pero de una gran belleza.

Los gendarmes se ofrecieron a subir el equipaje en la patrulla (espero que sus superiores no los hayan arrestado por ello). Pedaleamos hasta la presa y ahí fuimos recibidos por una familia numerosa de lugareños que, aprovechando el puente de Semana Santa, fueron a pescar mojarra y langostino y a pasar un agradable Sábado de Gloria familiar en la presa. La hospitalidad de los lugareños no conoce límites. Nos recibieron

como si fuéramos viejos conocidos y nos regalaron una buena dotación de mojarras fritas antes siquiera de que nos presentáramos.

Nos instalamos en el edificio abandonado que domina la presa. Una familia de burros deambulaba en los alrededores. De la misma forma como lo hicieron las gallinas en Ixtoluca, el día siguiente, a primera hora, estos simpáticos cuadrúpedos se encargarían de rebuznarnos a todo pulmón al pie de las tiendas de campaña, por si acaso teníamos algún problema para levantarnos a seguir pedaleando.

V. Camino a Xantiopan

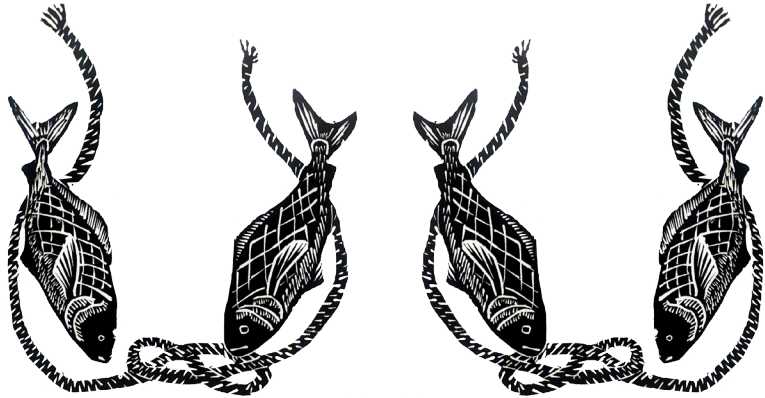
Un par de kilómetros es la distancia que hay entre la presa de la Cruz Pintada y Huautla. Los recorrimos por la mañana, luego de que los burros nos levantaran a rebuznos.

Bajamos por un barranco que forma el cauce seco del río, frente al restaurante abandonado de la presa. Por ahí bajan y suben los ejidatarios, campesinos y pescadores que vienen de noche a la presa a colocar trampas para cazar pescado y langostino, que luego llevan a vender a Huautla y otros pueblos cercanos.

En cuanto al restaurante, ignoro quién y cuándo lo construyó, y por qué lo abandonaron. Es un edificio muy bonito, con un sistema de andadores que permiten apreciar los alrededores, así como la presa misma. En la parte de enfrente hay unas escaleras y, junto a ellas, tres jaulas en las que, pienso, exhibían algunas de las especies protegidas de la reserva de la biosfera. Celebro que ya no funcionen más pero al mismo tiempo lamento que esas mismas especies estén en mayor peligro debido a la ausencia de financiamiento para los proyectos de conservación ambiental.

A un costado de la presa hay una serie de casas que, según escuché, fueron construidas como parte de un proyecto de este tipo, pero también están desocupadas. Entre estas casas y el restaurante hay un camino que lleva hacia la parte superior de la presa, así como un andador que desciende hasta el pequeño lago, a manera de muelle.

Bajamos, pues, por el barranco. Antes de entrar a Huautla hay otra pequeña presa, muy antigua, y junto a ella, un establo donde se resguardan los caballos que utilizan los lugareños para las carreras ("parejeras") que se realizan en estos días. Cuando íbamos pasando



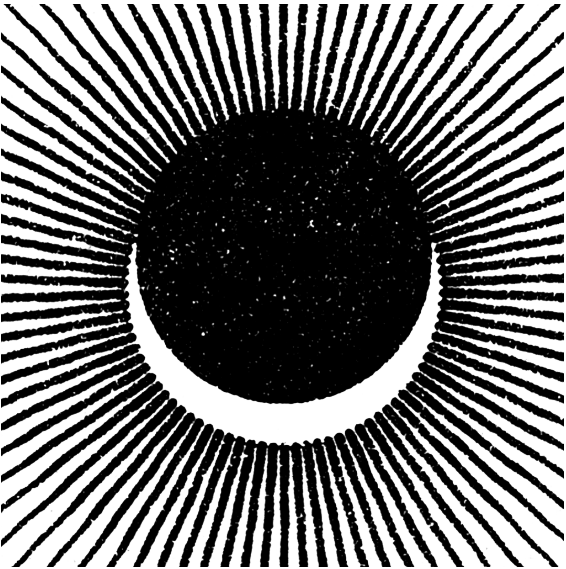
Parece que esto es un eterno ir y venir entre un extremo y otro. Porque al final, uno no resiste la tentación de poner en su sitio web, en su perfil de Instagram o en su CVU del Conahcyt que ha visitado tantos lugares o países y que ha recorrido tantos kilómetros. Todo reducido, nuevamente, a un número, algo mensurable, el informe de actividades, que nos permita poner en perspectiva el tamaño del logro: el suyo vale 12 km, el de usted vale 289 km, aquel vale 15,000...

Así que no, lo importante en este viaje en bicicleta no fue llegar primero, ni llegar rapidísimo, ni hacer muchos kilómetros, aunque tal vez sí conocer muchos lugares, por más que uno sólo pueda *conocerlos* así, como quien sólo pasa en un parpadeo y al siguiente ya se ha ido. Y eso quizás también sea un error: el no poder darse, el tener que partir de inmediato, una y otra vez, el ser un turista más... en bici, pero un turista más.

Y entonces, ¿dónde está lo diferente, lo importante? La respuesta de Heike Pirngruber lo dice todo: detenerse a contemplar el paisaje, hundirse en el tiempo que se *gasta* con las personas que te ofrecen una plática, un poco de agua o un rincón donde dormir, disfrutar el momento junto a la fogata o amanecer con mucha energía o muy adolorido en la tienda de dormir.

A veces lo importante, el goce, está sólo en el pedaleo monótono, como si se tratara de ir meditando; a veces, en un descenso repentino que ayuda a menguar el calor omnipresente; a veces en un campo de cultivo de un color verde improbable; a veces en la perspectiva de un cañón o una cañada en el horizonte; a veces, en poder ver al animal silvestre atravesando sigiloso la carretera y perdiéndose entre la maleza mientras no ruge de cerca un automóvil a toda velocidad; a veces en la presencia fantasmal de una mujer y su hijo en brazos en un paraje remoto y solitario, esperando el autobús para ir de vuelta a casa.

También es llegar adonde jamás se esperó poder hacerlo —todo lo que no aparece en los mapas de Google®, en realidad—, hacer una *parada técnica* junto al camino cuando está a punto de reventarte la vejiga, observar el azul del cielo y las nubes espías que parecen ocultar algo; es la comida que se anhela y que sabe a gloria aunque sólo sea arroz con frijoles de la olla. Es una llovizna repentina, el acento cantadito de la gente, un atole que jamás pensaste que existiera, el saludo de una viejita centenaria sentada a la sombra del portal de su casa, el jugo de unas naranjas sin



río pasará cerca de este poblado de tamaño medio. Como me dirán unos días más tarde, todos los pueblos de la región se asentaron durante la época colonial en las inmediaciones de algún río. En ciertos casos, como ahí mismo, todavía se puede ver el portal en ruinas de alguna hacienda. Supongo que fundar un pueblo junto a un río fue algo que ocurrió en muchos lugares del país y aún más lejos, pero al menos aquí parece tener mucho sentido a causa del clima caluroso y seco.

En esta tercera subida me detengo a la entrada de una Unidad de Manejo y Conservación llamada El Zopilote a tomarle una foto al valle, que voy dejando atrás. Ahora impera un cielo azul rey, salpicado con hilos de algodón arrastrados por el viento.

Eventualmente llego a la parte más alta del camino y, al rodear la cima, me encuentro de frente con un paisaje de cerros y cañadas que se extienden hasta donde alcanza la vista y más allá. En ese laberinto se abren paso dos ríos que se unen ahí mismo, al pie de un pueblo llamado, precisamente, San Juan de los Ríos: el Atoyac, que viene del lado poblano, y el Mixteco, que baja desde la sierra de Tlaxiaco, del lado oaxaqueño. De la unión de ambos nace el río Balsas.

Entonces comienza el descenso real. La luz del sol vespertino pinta de colores ocre las laderas de los cerros, a causa de la sequía. La montaña quedaba a la sombra mientras iba subiendo, pero ahora, al bajar, el sol cae de frente, bañando la sierra con esa luz melancólica del atardecer en las tierras cálidas del sur.

Veo un letrero al salir de una curva, prometiendo un fuerte descenso que ya vengo atestiguando desde hace un par de kilómetros. Me detengo a tomarle una foto. Al símbolo del auto inclinado sobre una pendiente parece salirle fuego del toldo. Si el pronóstico no falla, en un minuto estaré allá abajo junto al río.

* Una primera versión de este texto se publicó en el número 5 de la revista *Ciclovía*: <https://revistaciclovía.com/no-5-latitud-revista-ciclovía/>

[publicado el 19 de octubre de 2022]

[5. Epílogo 2: esto no es una carrera]

*Die Sachen, an denen etwas ist, kommen,
auch wenn sie nicht für die Ewigkeit bestimmt sind,
selbst in später Zeit noch rechtzeitig.*

Heidegger

El último día de esta aventura fue un recorrido corto, apenas 25 km desde Zapotitlán hasta Tehuacán. La intención era llegar hasta Oaxaca, haciendo un descanso en Nochistlán; pero la estimación de la distancia por recorrer, quinientos kilómetros, y el tiempo que esto tomaría, de tres a cuatro días, fue muy optimista. Si de Cuernavaca a Tehuacán fueron 289 kilómetros, de este último lugar a Oaxaca faltaban aún 214. Se podría decir que son casi dos terceras partes del recorrido calculado, o que se logró más de la mitad de lo planeado: todo depende del cristal con que se mire.

Pero, en última instancia, un recorrido como este —y pienso que en realidad como cualquier otro— no se trata nunca de kilómetros acumulados, menos aún de llegar rápido o de llegar primero, a menos que estés en una carrera, pero eso es otra cosa.

Heike Pirngruber (@pushbikegirl), una ciclista alemana que ha recorrido el mundo sola en bici, decía lo siguiente en una publicación de hace algún tiempo:

When people ask me: "How many kilometers are you riding a day?", my answer is always the same: "It is not a race. It is a lifestyle! I take my time". I sit down and enjoy the scenery as often as I can. I soak in the time I spend with the many people who like to talk to me. People who offer a chai or a place to stay. I relax around the fire. I enjoy the morning hours around my tent. And I absolutely don't care how many kilometers I rode that day. Less is often more.[1]

Así que esto no es una carrera, es un estilo de vida, y menos casi siempre es más. Claro, es cuestionable si uno puede hablar de un *estilo de vida* cuando sólo piensa recorrer unos cuantos kilómetros durante unos cuantos días y luego volver a su vida sedentaria; pero entonces estaríamos volviendo al punto inicial: ¿acaso se trata de cuántos kilómetros y distancias se pueden acumular?

todo el pueblo estaba ahí. Los que faltaban seguramente habían ido a comprar cervezas para bajarse el calor mientras disfrutaban de las competencias.

Llegamos a Huautla antes del medio día. Almorzamos tlacoyos con crema y salsa picante. Esperamos a que el alimento se asentara bien en la panza e iniciamos la rodada hacia Xantiopan. Son diez kilómetros de pedaleo en ascenso, con tramos sin pavimentar no aptos para principiantes.

Llegamos a un pueblo fantasma: todos andaban en alguna celebración de la Semana Santa. En la plaza principal están la ayudantía, la primaria y una tienda. En la tienda preguntamos por comida y la dueña nos ofreció lo que había preparado para ese día: huauzontles con queso, picosos y deliciosos.

Luego de comer bajamos en dirección a los corrales, rumbo a una pequeña presa que sirve de bebedero para el ganado. Pasamos ahí la tarde, remojándonos los pies y viendo pasar las horas como lo harían las miles de vacas que pueblan la sierra. También hay guajolotes, patos y otras especies de corral que proveen el sustento a los habitantes de la región.

Al caer la tarde volvimos al pueblo para buscar donde pasar la noche. Tocamos a la puerta de una humilde vivienda para pedir permiso de instalar las tiendas de campaña en el patio. Antes le habíamos pedido permiso al ayudante del pueblo para que nos dejara acampar en la cancha de la primaria, pero, como eran vacaciones y estaba cerrada, no fue posible.

En la casa nos dieron autorización, un viejo campesino y su esposa, cuyos hijos emigraron a Estados Unidos en busca de mejores perspectivas de vida.

En el traspatio de la casa había gallinas, un burro, un caballo, un par de vacas y un chivo. Todos en armonía se encargaron de despertarnos muy temprano a la mañana siguiente, cuando partiríamos de regreso a Huautla, pedaleando, y de ahí en autobús primero hasta Jojutla y finalmente a Cuernavaca.

[publicado en cinco partes
entre septiembre de 2018 y abril de 2019]



[6. El río]

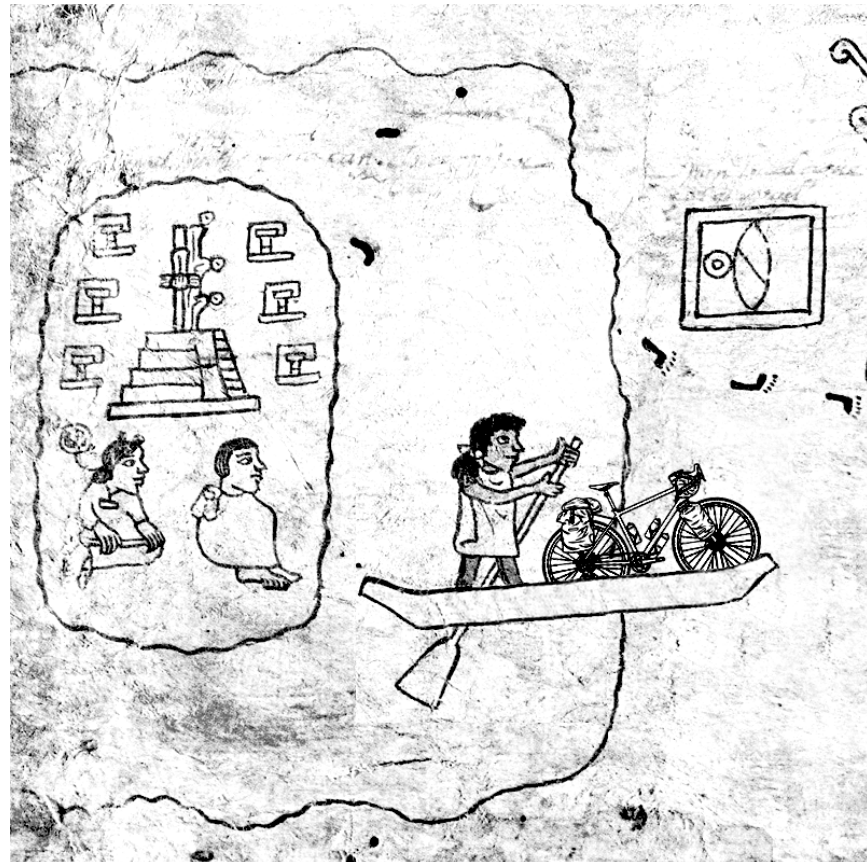
And I thank the sun for shining that light.

Edward Shape & The Magnetic Zeros

Voy bajando por una carretera sinuosa al atardecer. La bicicleta se desliza sin esfuerzo sobre el pavimento, bajo mi control, en dirección al río. No podría decir que he venido sufriendo porque, en general, el camino ha sido un movimiento ondulatorio constante que me ha hecho subir y bajar, una y otra vez, sobre montes, valles y cañadas: la escamosa piel de Cipactli.

En el camino hay tres subidas. La primera la encuentro al llegar a Tlancualpican, un pueblo junto al río Nexapa, al rebasar el límite entre Morelos y Puebla. Me detengo en el puente sobre el río a mirar abajo como una familia, una pareja de ancianos y un hombre joven, pasan la tarde junto al cauce de agua fría que baja del Popo. La señora de pie a la orilla, usando un palo como bastón, tras ella el hombre joven exprimiendo un trapo, tal vez ropa, y sentado en el piso, detrás de ellos, el hombre mayor, leyendo un periódico o revista. Aunque es común encontrar gente nadando o lavando ropa, no recuerdo una escena parecida en éste o en viajes anteriores.

Me dan ganas de bajar, pero el pensamiento racional, calculador, se apodera de mí: eso implica descender varios metros con la bicicleta cargada y después tener que subirla, además de perder valiosos instantes que



tal vez serán de utilidad más tarde, en algo más importante, así que sólo observo y tomo un par de fotos, sin lamentarlo. Sin embargo, el espíritu contemplativo nunca me suelta: siempre es agradable detenerse a ver el discurrir del agua, así en silencio, dejándose arrastrar por el murmullo y las formas de la corriente, ahora existiendo y un segundo después diluyéndose en un movimiento eterno. Y ya poniéndome metafísico recuerdo a Hermann Hesse, quien dice en *Peter Camenzind* que el lenguaje de Dios suena con fuerza en la majestuosidad de la naturaleza, lo cual quiere decir que esa voz, más que un susurro, sería un estruendo. Y pienso que sí, un estruendo, pero no por el tono, sino por la grandeza de aquello que dice.

Mientras observo el devenir de la corriente, recuerdo que, junto al Balsas, en otro viaje por Guerrero, alcancé a notar desde la altura del puente una camioneta y gente deambulando a la orilla del río, en dirección a Mezcala, mientras tomaba una foto y descansaba antes de continuar el viaje. Algunos cientos de kilómetros atrás pasé muy cerca del río Chalma, que discurre cerca de Amacuzac y Puente de Ixtla, en Morelos; pero aunque había abundante vegetación en las inmediaciones no me motivó lo suficiente como para salirme de la carretera a pasar una tarde bucólica junto a sus aguas. Varios cientos de kilómetros después, al otro lado del Balsas, primero vi un río pequeño llegando a Zumpango; cerca de Acahuizotla atravesé algunos escurrimientos de agua, pero nunca un río como tal, y saliendo de Tierra Colorada fui bordeando la carretera junto al río Papagayo.

En lo poco que llevo de viaje hasta ahora quizá me he cruzado ya con varios, pero el Nexapa es el primer río importante que aparece en mi camino. Ayer vi uno en la entrada a Xalostoc, todavía en Morelos, viniendo de

Tenextepango. Un puente angosto cruza sobre un triste arroyo, la Barranca de la Cuera, que kilómetros abajo se conecta con el río Cuautla, de mayor tamaño.

Pedaleo un poco más para entrar a Tlancualpican. Atravieso el pueblo y bajo del otro lado. Alcanzo una planicie con un ligero declive en línea recta, que continúa hacia el oriente a partir del entronque a Huehuetlán el Chico.

Un poco más adelante me encuentro con otra subida, la segunda, en dirección a Chiautla de Tapia, que va oponiendo cada vez más resistencia para remontarla. El clima cambia al subir aquí. Desde que salí de Jonacatepec, por la mañana, me acompañó un calor bochornoso y nubes grises monótonas, uniformes, pero que no parecían tener intenciones de convertirse en lluvia. Por el contrario, aquí arriba hay viento fresco y ligero, con mayor vegetación. El cielo es un manto blanquecino salpicado aquí y allá por retazos de color azul pálido.

A partir de este lugar se vuelven frecuentes los corrales y el ganado junto al camino, y continúa así muchos kilómetros adelante, hasta la zona de Guadalupe, San Isidro y Barranca Honda, en los límites con Oaxaca. No quiero decir que después no los haya; digamos que del lado poblano es más frecuente ver vacas pastando o sólo existiendo nietzscheanamente junto a la carretera, pero se vuelven poco habituales del lado oaxaqueño. Alguna explicación etnográfica tendrá esta condición diferenciada de las actividades productivas en una misma región, la Mixteca, pero en demarcaciones políticas distintas; quizá una mayor presencia criolla y mestiza en el primer caso y más indígena en el segundo.

Logro remontar esta pequeña sierra e inicio otro descenso por varios kilómetros hasta llegar a Chiautla. Pero luego, para salir de ahí, hay que subir una vez más. No recuerdo haber visto uno, pero supongo que algún

